

NÚMERO 1933 LA ESPERANZA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



ORDEN, PAZ Y JUSTICIA

AÑO I

EL HOMBRE DE 1909 Y LOS "IMPONDERABLES"

Ahora resulta que Cierva, el hombre trágico de 1909, el prototipo del político inculto, zafio y despótico, es una esperanza de la Monarquía. Para darse cuenta de la crítica situación de ésta, basta observar de quién tiene que echar mano; de Cierva, el autor de la tragedia de Barcelona en 1909, el cacique que desde Gobernación falseó la institución del sufragio y toda clase de garantías constitucionales, el colaborador de la dictadura que hizo el Código gubernativo y actuó de limpiabotas jurídico, ex dictador desde el Colegio de Abogados.

Si la Monarquía no fuera víctima de una ceguera que sólo se concibe como consecuencia de una tradicional obstinación absolutista, comprendería que si no ha logrado acercarse a otros colaboradores que Cierva y sus amigos, la esperanza de seguir gobernando, es más que una esperanza, un delirio. ¿Es que el político más desacreditado de la vida española no simboliza por sí mismo la decadencia de un régimen que no congrega a su lado más que mentalidades inferiores? Se ha pensado nada menos que en Cierva para el Ministerio de Hacienda, como si ese dictador de opereta pudiese retener la baja de la moneda con un carraspeo y un molinete de bastón de nudos. Sería lo que nos faltaba por ver: pensar que la presencia de un hombre como Cierva, en el Ministerio de Hacienda, puede dar garantías a ningún interés de dentro o de fuera.

Pero ¿qué especie de gentes son estas, que creen que los problemas más complejos pueden ser resueltos disciplinariamente, por el sistema cuartelero del orden y mando? Primo de Rivera creía que con dar una nota oficiosa, asustaba a la Cámara Internacional y hacía bajar la libra con un grito. El sistema parece que no se ha deshechado del todo. Como que en los problemas económicos es donde se demuestra más palpablemente el servilismo de los monárquicos. Todavía hay quien habla de los «imponderables» para explicar la baja de la peseta. ¿Imponderable el empréstito oro de Calvo Sotelo? ¿Imponderable el neo Gobierno de siete años y la falta de garantías de una Monarquía impopular? ¿Imponderables en un país donde se atropellan las leyes por los mismos encargados de mantener la disciplina del Estado?

Ayuntamiento de Madrid NÚM. 19

25 CÉNTS.

EDITORIALES

LA PROPAGANDA REPUBLICANA

El tópico tan esgrimido por los políticos de izquierda, «no hay pueblo», para justificar la táctica evolutiva, está quedando desmentido de manera rotunda.

Hay pueblo.

Lo que nos está inquietando ya es que no haya hombres revolucionarios en el campo republicano.

Si hemos de ser sinceros, tenemos que declarar que todos los síntomas son de que la masa tiene más capacidad revolucionaria que los «líderes».

Sobre esto deben de meditar los hombres que han asumido la responsabilidad de la dirección.

Tienen que convencerse, estos hombres, de que la hora presente no es de propaganda oral, ni de propaganda de ninguna clase. ¿De qué se le va a convencer al pueblo? El pueblo está saturado de quiénes son sus enemigos y de los procedimientos y doctrinas que le precisa aniquilar y abolir. Y también sabe lo que le conviene.

No hay que torturarse el cerebro, ni ponerse ronco en los escenarios de los teatros, ni en las mesetas de toril de las plazas de toros para declamar la historia de nuestra deshonra, de nuestra ruina, de nuestra esclavitud; y, en fin, de la desoladora plaga que gravita sobre los españoles. Ni siquiera necesitamos que nos apunten las causas. Causas y efectos son sabidos de todos. Todo lo sabemos. Hasta las ratas pudieran sacar sobresaliente en esta asignatura. Los hechos y sus provocadores se han encargado, y siguen contumaces, de grabar las páginas de esa historia, con trazos imborrables, en el alma del pueblo.

No se necesita, pues, propaganda acusadora, ni enardecedoras arengas.

Estamos lo bastante convencidos y lo bastante exaltados para obrar, para obrar, sí, con toda la abnegación precisa.

El pueblo, por el momento, no quiere propaganda de ninguna índole; lo que pide es organización. Pero no organización burocrática, organización de partidos gubernamentales; no, el pueblo rechaza esa disciplina política, porque lo que necesita es otra cosa, que lo una y le dirija su fuerza para que lo lleve a lograr lo que en un minimum de justicia tiene derecho.

Estamos en una hora de conquista y no en días de proselitismo.

Ya llegará tiempo oportuno en que nos organicemos en partidos y nos echemos a predicar por las ciudades, las aldeas y los campos, difundiendo nuestras doctrinas y nuestra manera organizadora.

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Año I. 25 de octubre de 1930. Núm. 19

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41
M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

Eso está bien para las épocas de paz.

Pero hoy estamos en momentos de guerra, con ansias de conquista. Désele, pues, al pueblo organización muda y los elementos adecuados; los elementos de que se valen las masas que luchan.

Este es el deber de los hombres que han asumido la responsabilidad del presente español.

Si las figuras dirigentes son incapaces para desempeñar los puestos que ocupan, el pueblo los arrollará, arrumbándolas junto a la escoria que ellas combaten hoy, y sacará de su seno hombres y logrará su empeño por encima de todo y de todos.

TODOS SON UNOS

«A B C», que es el portavoz oficial del régimen, está congregando en sus columnas a los monárquicos de todas las cataduras, desde don Santiago Alba al conde de Bugallal, pasando por Calvo Sotelo. En realidad, la concentración monárquica se ha realizado ya en esas columnas. Lo curioso es que «A B C» ha caído en los lazos de la U. M. y acaba de recibir

NUEVA ESPAÑA

en su seno a Guadalhorce, «el estadista de caminos, canales y puertos», como le ha llamado un irónico periodista extranjero. «A B C», después de combatir la Dictadura, no tiene inconveniente en facilitarles a los dictadorzuelos cesantes el medio para que se mezclen entre los antiguos políticos—sus enemigos de ayer—y todos juntos defiendan el régimen que les dió actas, prebendas, mando e impunidad desde que el funesto Cánovas del Castillo inventó el maravilloso artificio del turno de los partidos.

En realidad, de antiguo sabíamos que todos eran unos. Lo mismo da Calvo Sotelo que Cierva, Yanguas que Romanones, García Prieto que Callejo o Galo Ponte. Todos son los ordenanzas políticos de la Monarquía que ha gobernado sin Constitución, sin verdadero sufragio y, lo que es peor, sin ningún sentido de la responsabilidad histórica. La Dictadura no hizo más que sustituir los hombres: los procedimientos fueron los mismos. Lo triste es que hubo un momento en que las llamadas izquierdas antidinásticas creyeron que esos caducos representantes del privilegio tradicional iban a cambiarse en defensores de la democracia y ayudarles en la revolución republicana. Nuestros republicanos, que hasta ahora han carecido de todo sentido político, deben recibir la lección y actuar desde ahora de manera muy distinta. Nada de apelar a las fuerzas de orden para hacer la revolución. Una revolución no se hace con las gentes de orden, con esas gentes egoístas y pacatas que permanecen alrededor de la monarquía mientras ésta exista. ¡Lucida República sería la española si naciese con la levadura monárquica! Sucedería como en Portugal, donde los monárquicos quedaron instalados en la dirección del Estado y al final trajeron la Dictadura militarista y policiaca. La República tiene que apoyarse en el pueblo trabajador y explotado, que es el único con capacidad revolucionaria. Todo lo que no sea esto, es perder el tiempo e ignorar por completo la historia de todos los movimientos políticos de alguna significación.

LOS DECRETOS SOBRE LA EMIGRACIÓN

Las recientes disposiciones del Ministerio del Trabajo sobre emigración tienen preocupadas a las regiones españolas más afectadas por la corriente emigratoria. Bien sabemos que las medidas de carácter restrictivo impuestas por ese departamento lo han sido como consecuencia de otras adoptadas por los distintos países de América donde adquiere modalidades muy graves el problema del paro forzoso.

Pero también creemos que el Gobierno español no puede limitarse a seguir ciegamente las indicaciones de aquellos países si han de influir en la situación y los intereses de muchos españoles sin recursos. El deber de nuestras autoridades será gestionar que aquellos acuerdos tengan la suficiente flexibilidad para que no agraven en términos absolutos el estado lamentable de nuestras comarcas rurales.

El primer Decreto relacionado con el problema emigratorio se publicó en enero de este año. En virtud de él quedó suprimida la cartera de identidad de que debían proveerse los emigrantes, y en sustitución de ella se creó un pasaporte, cuya adquisición requiere innumerables requisitos. Tales dificultades, que no influyen gran cosa en el coeficiente emigratorio, originan, en cambio, molestias y gastos considerables a los jornaleros y trabajadores humildes que no tienen otro remedio que emigrar para ganarse la subsistencia que les niega su país. Sin embargo, la disposición más lesiva para ellos es el Decreto del 14 del pasado septiembre, en el cual se ordena que «todo español, varón adulto, que pretenda emigrar a determinados países de Ultramar, afectados de intenso paro forzoso, deberá necesariamente, como requisito indispensable para que se autorice su embarque, presentar a las autoridades de emigración un contrato de trabajo en dicho país». Más tarde se dispuso que el emigrante deposite la cantidad de 500 pesetas como importe del pasaje de regreso.

El confeccionador del Decreto ignora, al parecer, las características de nuestra emigración en las regiones que desplazan a América mayor número de trabajadores. A nadie le es factible presentar un contrato de trabajo de esa clase. En primer lugar, por razones de distancia; en segundo, porque los emigrantes van dirigidos a parientes y amigos que ya trabajaban en aquellos países y son los encargados de facilitarles empleo. Nuestros trabajadores, en el cotejo indispensable con los de otros países, son preferidos por patronos e industriales, pues no en vano sus virtudes de trabajo y laboriosidad han dejado raíz en América. ¿No habría una fórmula

mucho más sencilla de garantizar la ocupación del emigrado? Por ejemplo, la de hacer comparecer en los Consulados a compatriotas solventes que respondiesen personalmente del trabajador en cuestión.

Respecto al depósito de las 500 pesetas, nos parece sencillamente una ironía de la «Gaceta»: a quien emigra para ganar un pequeño salario se le exige casi un capital para ponerse en viaje, pues no otra cosa significan los gastos de ida y vuelta. El Estado español no acabará nunca de convenirse que el problema de la emigración no depende del emigrante, sino del Estado mismo.

EL PETRÓLEO Y SUS NEGOCIOS

Todavía no han cesado—ni es de esperar que cesen—los hermosos negocios que unos cuantos señores vienen explotando desde la época de la Dictadura. La Dictadura fué el gran vivero de la especulación en alta escala y a costa del país.

El Monopolio de Petróleos constituye, quizá, el ejemplo más significativo de la dejación del Estado en favor de una Compañía y del amparo por parte del Gobierno de los intereses particulares de una entidad que goza de unos privilegios, a todas luces, exorbitantes. Pero no es lo peor el Monopolio por sí mismo, con ser empecatado, sino sus derivaciones. Y entre éstas, las de constitución de Empresas satélites, que tienen por objeto la explotación industrial de los productos a que no alcanza directamente el Monopolio, pero que caen dentro de su órbita. Así, se está organizando una Compañía naviera destinada a absorber todos los servicios de transporte petrolífero. Y se intenta crear una Sociedad administradora de los surtidores. Y se proyecta establecer un organismo que tendrá a su cargo las refinerías, etc., etc.

Claro es que los beneficios que se obtengan de todas estas industrias y explotaciones irán a parar a manos de un grupo de capitalistas. Pero como el capitalismo español pudiera en algunas circunstancias sufrir rozamientos con los intereses del Estado, lo hábil es salvaguardarle bajo un fuerte núcleo capitalista extranjero, reservando a éste la parte del león, en perjuicio no de nuestros negociantes, sino de nuestro país.

En suma: parece que se trata de vender el Monopolio de Petróleos a una Compañía extranjera. A la anglo-holandesa «Shell». Si esto se realiza, España se entregará, una vez más, atada de pies y manos, al Extranjero. Entregará un servicio nacional de tan extraordinaria importancia como el petróleo a otros países. Y el combustible líquido, que en la paz nutre fábricas y transportes y en la gue-

rra es elemento decisivo para la Marina y las industrias militares, se explotará en provecho de unos pocos millonarios españoles y de un formidable «trust» internacional.

Cámara oscura

El hombre de la linterna

Vivimos en un país donde no se cuenta con los ciudadanos ni para sacar fotografías. Así, yo cazo furtivamente los rostros, los gestos y los pasos; y regreso a mi laboratorio cargado de gentes sorprendidas en plena actividad. Comienzo a revelar placas, y experimento la sensación de lo insospechado, porque tengo la costumbre de enfocar ad libitum, convencido de que todos los hombres tienen su momento—su lado—fotogénico...

Acabo de obtener la positiva del hombre de la linterna. Se parece a Diógenes; pero, sin duda, es otro. Diógenes murió el mismo día en que perdió su razón de ser. Y la perdió hace mucho tiempo...

Creo que debo decir esto. Mis retratados hablan. Solamente conmigo, para mí.

Y el hombre de la linterna—silueta de ladrón de «cine», recortada en la penumbra sepia—me ha dicho para qué quiere su linterna ¡a las doce del día!...

—Busco un auto de procesamiento.

—¿Contra quién?

—Contra mí mismo... No; no lo he perdido. ¡Ah!—suspira—, yo no he tenido nunca eso en mi bolsillo. Lo necesito. Soy un hombre insignificante. Un hombre cargado de esa nueva insignificancia de hombre sin procesar. Quiero que me procesen; cuanto antes; cueste lo que cueste. De ello depende mi felicidad, mi triunfo en la vida... El año pasado yo podía decir en público: «¡Soy un hombre! Porque soy capaz de emborracharme todas las noches y golpear a mi mujer todas las madrugadas.» Pero los conceptos y las apreciaciones varían mucho en doce meses.

Además — Confidencia. Exorbitación. Misterio terrorista.—tengo miedo... Dicen que... Aseguran que... Esperan... ¡Yo ese día, no quiero estar en la calle!...

Hago trizas el retrato. El hombre de la linterna es el enemigo de todos los procesados de buena fe. Esos procesados de buena fe, que encuentran un proceso sin buscarlo, aunque sin cludirlo.

Porque un auto de procesamiento es algo más que una corbata impuesta por la moda.

Los dilettanti del proceso son perniciosos. Hasta en fotografía.

FEIJOO

COMPRA Y VENTA
de máquinas Singer y otras
marcas

YAGÜE Y SANCHEZ

Martínez Anido, 1 (antes Wilson).

Teléfono 43217 • TETUÁN DE LAS VICTORIAS

CAMINAMOS HACIA...

Recibimos la siguiente carta, que no titubeamos en publicar, para ofrecer una muestra más de cómo se está procediendo en los actuales momentos por el Gobierno de Su Majestad: «Sres. Directores de NUEVA ESPAÑA.

Muy señores nuestros: Creemos vale la pena se sepa cómo y por qué se detiene y encierra en estos tiempos de restablecimiento de la legalidad, y aunque podríamos hablar de las noventa y tantas detenciones practicadas, sin ton ni son, durante la huelga pasada (en que han entrado «directivos» de Sindicatos que son sólo «vocales», niños de quince y dieciséis años y hasta un torero), bastará con que nos refiramos concretamente a nuestro caso.

A media tarde del día 10, fuimos interrumpidos, en pleno trabajo de clínica y despacho, respectivamente, por varios policías, que nos invitaron a ir a la Comisaría «para una pregunta». A la observación de estar haciendo trabajo inaplazable, se nos dio la seguridad de que se trataba de una diligencia momentánea. Ya en la Comisaría, hubimos de «esperar al comisario» en una habitación, con guardia a la puerta, y permanecimos en ella diez horas. Se nos dijo que estábamos detenidos por orden y a disposición de la Dirección general de Seguridad, «no se sabía por qué». A altas horas de la madrugada, en medio del silencio de una población tomada por la Guardia civil, esposados, tras una cuerda de otros quince detenidos, igualmente esposados, y con escolta de varias parejas de Seguridad, con carabina, se nos condujo a la cárcel, donde hemos permanecido nueve días.

La Prensa local publicó nuestra detención con la declaración del gobernador de que habíamos protestado uno ante el Gobierno contra las detenciones arbitrarias y el otro ante él contra la suspensión de una sesión del Sindicato de Profesiones Liberales en que se leían «documentos subversivos» (el telegrama no fué al Gobierno, sino a la Prensa de Madrid, ni fué personal, sino de la Directiva del Sindicato y por su acuerdo. La otra protesta ante el gobernador no fué tampoco personal, sino de una Comisión, ni la lectura suspendida fué de «documentos subversivos», sino de artículos de periódicos, entre ellos «Nosotros» y «La Libertad», según consta en el oficio de autorización de la sesión, que conservamos). Pero aun prescindiendo de estos detalles, resulta que se nos encarcelaba por un delito novísimo: el de «protesta». Denunciar a la Prensa detenciones injustificadas, y denunciarle al propio gobernador la extralimitación de un delegado en una sesión de nuestro Sindicato, tales eran las causas de nuestro encarcelamiento.

La escueta exposición de lo ocurrido,

bastará para que se aprecie los procedimientos a que hoy se recurre.

Pero la explicación es más grave: Con las detenciones se pretendía presentar como política una huelga cuyas reivindicaciones el propio gobernador reconoció desde el comienzo justa, y que sólo llegó a ser general ante el fracaso de veinte días de incomprensibles negociaciones. No se negaba a los huelguistas la razón, pero no se les daba satisfacción, ante una inquebrantable intransigencia patronal, y así se llegó a uno de los movimientos de solidaridad más extensos que ha habido en Málaga y más auténticamente espontáneo, de masas. En efecto, durante días y días, hasta la huelga, en varios Sindicatos—construcción, madera, metalurgia—no hicieron otras cosas las Directivas que contener el impulso de las Asambleas en favor de la huelga de solidaridad, frenar el impulso de la masa, acusar ante ésta de «manejos comunistas» la tendencia a la huelga general, acusación en que han coincidido con el gobernador.

Esperando se haga eco de estas manifestaciones, le saludan y se ofrecen a ustedes attos. s. s. q. e. s. m., Miguel González.—Dr. C. Boltvar.»

El Poncio de Córdoba y la Prensa

Recibimos el siguiente telefonema de nuestro querido compañero el gran periodista García Hidalgo, que tan espléndida campaña democrática y republicana viene realizando en la capital andaluza.

Las palabras de García Hidalgo son lo bastante elocuentes para que nosotros no tengamos que añadir a ellas más que nuestra enérgica protesta por la actitud del gobernador civil de Córdoba, que descalifica con su conducta el dictado de periodista, de que indebidamente blasona:

«Gobernador civil ésta, señor Atienza, se ufana llamándose periodista, ha dicho hoy a ilustre personaje, en su despacho, y puede probarse cumplidamente, que emprenderá una furiosa persecución contra diario «Política», por el solo delito combatir fueros verdad y no tomarle a él en serio gastándole frecuentes chanzas.—Ha anunciado que se sucederán las recogidas de las ediciones, como ya ocurrió ayer. También aseguró a dicho personaje que, como consecuencia de los sucesos de Palma del Río, del que tomaron parte cinco oradores, sólo serían procesados el firmante y don Antonio Hidalgo, ambos pertenecientes a la Redacción de «Política», y que se tomaba esta medida como medio de acabar con un diario indeseable para el gobernador, ya que dichos señores, con algunos otros, son el alma de dicha publicación. No tengo que hacer resaltar la gravedad de estas palabras, que envuelven un claro delito de coacción y amenazas y otro de extralimitación de funciones.—Creo se trata de un caso de destitución fulminante. Los funcionarios que pagan la Nación y todos sostenemos, no pueden erigirse en un peligro para la vida y tranquilidad de los ciudadanos. Someto el caso del señor Atienza a la opinión pública.—Joaquín García Hidalgo, director de «Política».

Victimario de la Dictadura



Vicente Perles Moncho

Maestro Nacional de Aguaron (Zaragoza)
Ayuntamiento de Madrid

Era maestro de Tárben (Alicante) A pretexto de que profesaba ideas liberales, el cura del pueblo consiguió que se le formase un expediente, acusado de no enseñar a los niños Doctrina Cristiana. Se le envió a Alicante y se le tuvo detenido nueve días. El inspector de Primera enseñanza se personó en Tárben y comprobó que las denuncias eran falsas. Mientras tanto, el gobernador de Alicante, que era un militar, el señor Bermúdez de Castro (D. Cristino), llamó al maestro a su despacho y le insultó y le dijo que le iba a fusilar.

El cura volvió a conseguir del Ayuntamiento que se le formasen nuevos expedientes. Como la opinión pública estuviese de su parte, se suspendió de empleo y sueldo al médico y al alguacil que defendían al maestro. Más tarde, se obligó al señor Perles a abandonar el pueblo y aguardar a ser nombrado para otra escuela. El maestro tuvo que dejar la familia y la casa. Sus familiares fueron perseguidos también sañudamente

Ocho días en Leningrado

ZAR: PETERHOF

por LUIS AMADO BLANCO

II

Al tomar tierra el piloto de turno que guarda la escala, me hace una declaración sensacional:

—Preguntan por usted. Mire, aquella señorita que contempla el desembarque. ¿No es usted el señor Blanco?

No hay tiempo a reponerse cuando a una seña del marino, tengo ante mí a una joven delgadita, de ojos sagaces, que viste un raído traje sastre, con camisa hombruna, corbata, fuma un fino y largo pitillo y habla en perfecto español sin acento extranjerizante. Me saluda cordial: es guía. Miembro de la Sociedad Hispano-Americana de Leningrado y al saber que yo soy escritor español, está incondicionalmente a mi servicio. Puedo ver lo que quiera y en el orden que desee. Ella trae permiso especial:

—¿Por dónde empezamos?

Me quedo tan perplejo que no sé qué argüir. Ella, como todos los rusos hasta ahora conocidos, sonríe.

—No se asombre usted. No tiene nada de extraordinario. Usted recordará que para sacar su pasaje en esta excursión ha tenido que llenar un cuestionario de la U. R. S. S. En él su profesión. Como llega antes que usted, nos hemos enterado y esto es todo. Aquí los nombres de las sociedades, son algo más que palabras.

Me abrazo a lo extraordinario y sigo a esta muchacha que se mueve rápida, en ritmo norteamericano. Nos espera un espléndido Buick, abierto, tipo 1930, pintado de color azul. Yo vuelvo a asombrarme y, mientras nos acomodamos, ella continúa su realización de lo fantástico:

—Aquí, en Leningrado, hay muy pocos taxis: de quince a veinte solamente. Y, además, resultan carísimos. Por eso, para ciertos visitantes, las fábricas prestan el auto de su club. Mucho más económico y un servicio mejor. Hoy y mañana podrá usted disponer de uno de éstos para las visitas a los alrededores, que es donde comienza la Historia de la ciudad. Hay que empezar por la Historia. Digo, ¿no le parece a usted?

Vamos camino de Peterhof por las avenidas del puerto. El sol pinta un cielo de Andalucía, pero una fría brisa mancha el suelo gris. Sólo los colores—blanco, rojo, amarillo—de los pañuelos en gorro femenino. Ellas trabajan como ellos, pero gritan más. Por una ventana veo unas cuantas que laboran dentro de blancas batas, como en una clínica. Son las cocineras de uno de los restaurants obreros del

puerto. Y a derecha e izquierda, enormes pilas de pelados troncos, de mediano grosor y pequeña longitud, cortados en idéntica medida, que van llenando los vientres insatisfechos de los fatigados navíos.

Entramos en la población para abandonarla en seguida. No puedo formar juicio. Las calles tienen mal empedrado e igualmente la carretera que lo disfruta un largo trecho. Luego, ya, como por una de esas rutas españolas que no figuran en el Circuito Nacional del Turismo. El paisaje es ceniciento y aburrido. Por un lado, extensa llanura, en donde corre, paralelo a nosotros, rojo tranvía pleno de gente, y por el otro, algunas casas de madera entre árboles y fronda. De vez en cuando, algún poblacho, alguna humilde iglesia de estilo ruso con sus orientales cúpulas y como detalle, una inmensa edificación, mitad cuartel mitad convento, delante de la cual hacen ejercicios: de equitación, treinta o cuarenta soldados rojos. Espirituales, tres o cuatro frailes de larga vestidura y luenga barba; de esos que yo creí existían sólo en los estudios hollywoodenses.

* * *

La villa de Peterhof—33 kilómetros al S. O. de Leningrado—fue fundada por Pedro I el Grande, aquel extraordinario rey del instinto certero y la razón borracha, que privó a Rusia de su destino para partirlo en dos, antagónicos irreconciliables. Fue el lugar de su europeo sueño bajo el desprecio oriental y embriagado por los malos olores de las marismas, llenas de cadáveres: Francia, París. La corte de Luis XIV. Richelieu. Monplaisir, palacete de amores holandeses. Y San Petersburgo, el ideal marino del Báltico, surgiendo del poder omnímodo del déspota. Después, a través de los años, Palacios y más Palacios: de Elisabeth, de Catalina II...

Nos pasamos la mañana por sus regias salas, calzados los pies en suaves babuchas de respeto a los finos parquets. Pinturas de Werner, la galería de los 385 retratos de campesinos rusos por Rotari, la sala del enorme diván para escenas de sensualidad múltiple. Y en el gabinete de trabajo de Pedro I, aquel pintoresco reglamento de orden interior, donde se prohíbe a los cortesanos acostarse calzados. Y más pintoresco: en medio de aquel derroche de oro y pedrería, mármoles y porcelanas, una vitrina con recuerdos personales de Elisabeth y Catali-

na II. En ella, unos pequeños pomitos para miel. Y en vida de las zarinas, dos de éstos, escondidos: uno en el seno, otro en la peluca; para que las pulgas y piojos no molestaran a las egregias damas de horror al agua pura y cristalina.

Todo está limpio y brillante como en el más cuidado museo de régimen burgués. En cada sala, un gran cartel, sostenido por un trípode, da detalles históricos y hace propaganda comunista en un tono artístico insuperable: exquisitos dibujos, colosales caricaturas, gráficas estadísticas. En la capilla, con bellísimas imágenes de Borovikovsky, la propaganda llega al máximo: dos tablas pintadas muestran a los popes en su bajo acatamiento de los zares para el hundimiento provechoso del pueblo; su pretendida unión, actual, con el «kulak»; el interés de sus prédicas. Y en medio del puzzle, aclarado de una manera cruelmente real, uno de los iconos más populares del siglo XVIII, en donde al lado de Dios Padre, se adoraba la imagen de la gran... Catalina, cuya baja condición no desconocía su pueblo.

Es la hora de comer y vamos al restaurant público de los visitantes de Peterhof. Está situado en una de las alas del principal palacio. Tiene dos largas mesas colocadas en el centro, cubiertas por nítidos manteles, con el mostrador del despacho en un extremo.

Sirven cuatro jovencitas de sanísimo aspecto aldeano con gorro y chaquetilla blanca, brevísima falda, pierna desnuda y calzando algo así como sólidas alpargatas. Hay sólo fiambres, pues el comisariado de Instrucción no ha permitido instalar cocinas en los museos. Desprecio las carnes, por su extraño sabor, y como pan, que mojo en vino de suave bouquet. Está todo lleno de gente y fuera hay, aún, quien espera turno. Son grupos de obreros y campesinos—hombres y mujeres—en viaje cultural, dirigidos por preparadísimos profesores de arte e historia. Los hemos tropezado, varias veces, dueños de los fantásticos salones y he quedado asombrado por la admirable atención que prestan a sus maestros. Visten pobre y desaliñadamente y tienen casi todos unos terribles rostros en los que la mirada está, sin embargo, llena de añorada dulzura. Ahora ríen y alborotan como los peques de un colegio en deseado recreo. Me atienden cariñosamente, en un especial interés de hacerse agradables pero en ruda llaneza. Cuando salimos, nos dicen un efusivo adiós como a viejos camaradas.

Mientras paseamos por los jardines—otra vez Versalles, Luis XIV, elegancia—la guía me va contando todo detalle histórico. En cada íntimo lugar, existe siempre la pesada broma

oriental del zar europeo: bancos que se hunden rápidamente, árboles que dejan caer inopinada lluvia, suelos de trágico terremoto. Y tras cada sorpresa, todavía el eco burlón de la risa humillante que el todopoderoso ponía como postdata al caído en desgracia.

Perdemos la tarde en un cansino vagar por aquellas galantes avenidas en donde cada fuente, cada cascada, cada estatua, parecen hacer una reverencia de su belleza. Nuestra charla va sobre el pasado al porvenir; del horizonte marino al horizonte del cam-

po. Trotsky, Stalin... Al emprender el retorno a Leningrado el sol ha dejado de torear en la plaza del día. Los monosabios de la noche van recogiendo los últimos capotes de luz dejados en el aquí o allá de cada nube. Desde la presidencia del Circo, los arquitectos Leblond y Rastrelli conceden la oreja de su faena al espectáculo del gran Palacio: la relativa simplicidad de la fachada, el techo abrupto, con su brillo plateado, el jarrón florido que lo corona, la ligera cúpula de oro de la iglesia...

CARTA DE ESTOCOLMO

Fósforos y teléfonos

por ERNESTO M. DETHOREY

I

Monopolio: dictadura que ejerce una Empresa comercial determinada. Dictadura: monopolio del gobierno por una persona determinada. Si no hubieran existido o no existiesen dictaduras no podrían haber tampoco ciertos monopolios. Quien tiene los resortes del poder en la mano, tiene también la economía del país en un puño. Si no ocurriese así la dictadura no sería tal. Le faltaría la base principal en que se asienta todo poder hoy día. Las grandes Compañías monopolizadoras ya saben a qué países dirigirse. A aquellos en que por estar todo el poder en una sola mano, las gestiones tienen más probabilidades de triunfar. A aquellos en que no existe o ha sido amordazado el organismo fiscalizador del pueblo: el Parlamento.

El monopolio entra en los planes de toda dictadura. Es la pendiente, es la tentación de controlar todas las fuerzas económicas que la arrastran a los monopolios. Entonces, las grandes Compañías, que están siempre al acecho, caen sobre el dictador con sus proposiciones tentadoras, ventajosas... para ellas. Lo atraen con el espejuelo del empréstito. Con el dinero fresco el dictador podrá desarrollar sus vastos proyectos. (Por pequeño que sea el dictador, sus proyectos siempre son vastos.) El desarrollo de estos proyectos acrecentará su poder, lo harán estable para bien del país. Todos los dictadores se creen salvadores de su país. Aunque luego resulte, como es natural, todo lo contrario. Al cabo de un tiempo de estar en el poder, si no les han ido muy mal dadas, no hay ninguno que no piense en la inmortalidad del cuerpo dictatorial. No piensan en una descomposición de la máquina de gobierno que han montado. No prestan oído a la voz de la His-

toria. No tienen oído. No escarmentan.

Lo que antecede podría aplicarse, creo yo, a todo dictador y a toda dictadura en general. Pero yo querría referirme hoy a un caso particular. Al del Perú. Naturalmente, por lo que este caso hace referencia a Suecia. Porque yo en el Perú no he estado.

Hace tiempo ya que el «trust» Kreuger & Toll, o sea la Sevenska Tändsticksaktiebolaget (Sociedad sueca para la fabricación de fósforos),

Hay que emprender una dura campaña anticlerical. Los frailes y los obispos quieren nuevas dictaduras. Ellos son los culpables del atraso y de las desventuras de España.

tiene el monopolio en el Perú. Según mis datos, lo obtuvo mediante un empréstito de tres millones de dólares al Estado peruano. El Estado, entonces, era el señor Leguía. El pueblo no tuvo parte ninguna en el negocio. Existe una separación real entre el Estado y la Nación, pero cuando se hace más patente esta separación es en tiempos de dictadura. A pesar de que el latiguillo de todo dictador es: «la Nación está conmigo». Para lo único que fué requerido el pueblo en el Perú fué para apechugar con el gravamen del empréstito en la economía del país, y para pagar el nuevo impuesto que traía consigo el monopolio.

Cuando hace unas semanas estalló el movimiento revolucionario en el Perú, la Prensa sueca ya dió la voz de alarma. ¡Los fósforos suecos boicoteados! Y era verdad. Lo vi luego confirmado en periódicos extranjeros. La Compañía concesionaria se había negado a fabricar los fósforos en el país. Los estudiantes peruanos se ha-

bían juramentado para no usar fósforos suecos. El pueblo exigía que el monopolio fuese anulado. Gestos naturales. Al pueblo no le había beneficiado el empréstito. En cambio, le había perjudicado el monopolio. ¡Ojalá todos los pueblos reaccionasen así en parecidas circunstancias!

El «trust» sueco Kreuger & Toll tiene el control del 75 por 100 de la producción mundial de fósforos, y sus manejos tienden a alcanzar el monopolio en todo el mundo. Aunque tiene dos competidores de calidad: los japoneses y los rusos.

Algo que no debe pasar desapercibido es el hecho de que el «trust» ha obtenido el monopolio total o parte en el del Estado, precisamente en aquellos países cuya vida política está en manos de una dictadura, y cuya política económica desastrosa, incierta, se presta a las más pingües especulaciones. Son aquellos países de moneda depreciada, de desgraciada economía (desgracia producida casi siempre por quienes están en el poder), que necesitan del apoyo extranjero para salir a flote. Cuando un país atraviesa estas circunstancias, caen sobre él los emisarios del «trust». Ofrecen, ofrecen... He aquí algunos de estos países: Estonia, Grecia, Yugoslavia, Letonia, Perú, Polonia, Rumania, Hungría, Portugal...

Si la dictadura es un cáncer en el cuerpo político, el monopolio es un cáncer en el cuerpo económico del país. Y si el monopolio es extranjero, puede decirse, con razón, que el país está de ahuciado económicamente. Los únicos monopolios tolerables, y hasta a veces necesarios en ciertos casos, en estos tiempos de socialización y nacionalización de la industria, son los del Estado. Pero controlados constantemente por el pueblo, por toda la nación, por medio de los representantes que haya elegido libremente.

Hace tiempo que los tiros del «trust» Kreuger van contra España. El «trust» tiene una red de agentes tendida sobre todo el mundo. Red que procura apretar las mallas en aquellos países en que el «trust» tiene probabilidades de obtener el monopolio. Repito que el «trust» Kreuger controla ya hoy día el 75 por 100 de la producción mundial de fósforos. Naturalmente, en España, país productor de cerillas, el «trust» no podría negarse a fabricar. Es decir, no podría ocurrir, en este sentido, lo que en el Perú. No obstante, no estará de más expresar un voto (ahora que se habla de elecciones): que si llega el caso, en España, tenga el pueblo, toda la Nación, parte en el asunto. Que sea aquél o ésta quien decida siempre, o sus representantes elegidos por universal sufragio.

Hasta aquí los fósforos.

VIDA ESPAÑOLA

por A. H. DE M.

EL P. N. DE T. EN LAS PALMAS

Hace unos años, «El País»—precisamente—arreció contra la «Sociedad de Fomento y Turismo». Porque, en realidad, ni hacía fomento, ni mucho menos, turismo. Además, su actuación administrativa era dudosa. La construcción del grupo escolar de «San José» llevaba trazas de convertirse en papel secante de miles y miles de pesetas; etc. De resultas se inició una investigación oficial—llevada a cabo por el señor Carqué de la Parra—, cuando actuaba de gobernador el «gentlemen» señor Marín Acuña. De resultas, la cochambrosa Sociedad fué piadosamente disuelta. Era lo menos que se podía hacer. Perfectamente.

Pero ahora resulta que la Junta Provincial de Turismo tiene iguales—o mayores—motivos que la tal Sociedad para que se le someta a una investigación. Piadosa, claro, como la de «Fomento y Turismo».

Sin embargo, a pesar de acumular la J. P. de T. alrededor de su actuación tantos motivos dudosos como la Sociedad de Fomento, no ha sido posible que una investigación—análoga a la practicada por el señor Carqué—trajera, por lo menos, el cantarle la misa de *requiem*. La tal Junta continúa impávida. Naturalmente, acumulando cada día nuevos fracasos y nuevos enmascaramientos administrativos. De fomentar el turismo, ni hablar.

La J. P. de T. ha cobrado del Ayuntamiento de Las Palmas 4.000 pesetas. Del de Arucas, 500. De otros, otras cantidades. Todas destinadas, a título de subvención, para filmar una película de propaganda con destino a la E. I. A. La película no se ha filmado. Los periódicos preguntan por el destino de esas cantidades. El público desconfía y la J. P. de T. continúa impávida, como si tal cosa. Para ella todo esto es «chungu». El caso es vivir abrazada, como se abraza el náufrago al salvavidas, a un caudaloso presupuesto oficial. A un presupuesto oficial que asciende—¡qué desfachatez!—a pesetas 23.000.000. Ciertamente, no hay Asilo de Desamparados que en el mundo cueste tanto.

Una primera autoridad, es decir, lo que en España llamamos una primera autoridad, que se pasa el día haciendo alarde de su amor a Canarias—amor de pura *guardarropía*, y

que no tiene otro objeto sino el de haberle tocado en la lotería de cargos oficiales una de especial delicadeza—y propagando unas cualidades de alcoba, podía ordenar que se aclarara la actuación de la J. P. de T. ¡Pero, sí, sí! Bastante ocupación tiene ya con decirnos que es canario—sobre todo desde que le agraciaron con el cargo de marras—hasta... que lo dejen cesante. No es extraño que en estas condiciones el tal pazpuerco organismo esté esquivando lo que se tiene bien merecido: una revisión e inmediatamente su disolución.

Esto por lo que se refiere al descaño de la desaparición del dinero donado para la filmación de la película.

En cuanto a la actuación de la Junta Provincial de Turismo en lo referente al Pabellón Canario de la Exposición Ibero Americana, «hay—como dice la sentencia popular—mucho tela por cortar». En nuestro Pabellón, pese al dineral que costó, no estuvo dignamente representada la industria típicamente canaria. Ni siquiera un muestrario de mala muerte. Eso, sí: cientos de pesetas no se escatimaron para obsequios «floreales» a ciertas personas que, «en cogiéndolos con una mano», con la otra los pasan vaya usted a saber. Natural; había que probar que también a más de tal o cual cargo se podría ser un perfecto lacayo de casa grande. O un genuflexista «maitre d'hotel».

La política turística realizada por la J. P. de T. en el puerto, aunque quisiéramos lo contrario, es también desastrosa. No ha logrado apuntarse en su marrano haber ni un triunfo.

CONTINUAN LAS CONFERENCIAS DEL DESARME



A la caza de la paloma de la Paz.

(Monde, Paris)
Ayuntamiento de Madrid

Si lo ha logrado y lo prueba con documentos, nosotros lo acataremos. Pero esto ni pensarlo.

Veamos una muestra del espíritu que impera en la J. P. de T. Hace unos días, «El Defensor de Canarias»—órgano de los jesuitas—preguntó a «El País» por el destino de los dineros para la filmación de la película.

«El País», en cuyo subrótulo se lee: «Periódico ajeno a toda tendencia política», lo cual no es óbice para que su director sea secretario de la J. P. de T., impávido preguntó, a su vez, al órgano clerical por el destino de los dineros procedentes de la venta de unas cortinas eclesiásticas. Naturalmente, cada cual continuó viviendo tranquilamente.

Un periódico local decía que los defectos administrativos en la J. P. de Turismo se producían por comisión y omisión. ¡Sí, sí! Por comisión y con algunas agravantes del Código Penal.

¡Ah! Todo no han de ser fracasos en el P. N. de T. Recordemos un éxito: la publicación en «El País»—naturalmente—de los informes técnicos del técnico hotelero señor Pevpoch. Aquellos informes salvan todos los fracasos del pazpuerco organismo de Sangróniz y Cía. Había que ver con la profundidad que el señor Pevpoch hablaba, por ejemplo, sobre el menaje hotelero. Sobre las comidas, sobre todo. Si Ramón no se enfadara con nosotros, estamos por decir que el técnico Pevpoch es el *primer* humorista de España. Porque, señores, se necesita tener un tonelaje imperial de buen humor para escribir aquellos informes y encima titularlos técnicos. ¡Hay que ver!

Alguien dijo, al leerlos: «Pevpoch es sinónimo de carámbano.» Pero se trataba de una maledicencia. Nosotros diríamos: «Pevpoch es sinónimo de Polo Norte.»

El P. N. de T. ha cumplido maravillosamente su misión en España. He aquí un insulto gravísimo.

El P. N. de T. ha cumplido su misión pésimamente en España; que lo echen en el W. C. He aquí un «bombazo» de marca.

Los Sitios, 109. Tafira (Gran Canaria).

EL FAMOSO "AFFAIRE" DE LA COMPAÑIA "SANTANDER-MEDITERRANEO"

por QUINTILIANO SALDAÑA (Continuación)

c) Porque la nueva línea, que—aun prolongada—no lograría nunca ser la distancia más corta entre dos mares, tampoco realiza la finalidad alegada de cortar distancias, entre Santander y Madrid. En efecto, el actual trayecto Madrid-Santander vía Venta de Baños (503 kilómetros), quedará reducido, luego de construido el directo Madrid-Burgos (276 kilómetros), más Burgos-Ciudad (115 kilómetros), más Ciudad-Renedo (64 kilómetros) y Renedo-Santander (20 kilómetros), a una distancia total de 475 kilómetros, con un acortamiento de 28. Por la proyectada línea, la distancia Santander-Ontaneda-Ciudad-Madrid será de 494; esto es, *diecinueve kilómetros más larga*.

Así, consultado el Consejo de Obras públicas, hubo de informar: «Que la distancia de Calatayud a Santander por esta línea, siendo mayor que la de Calatayud a Bilbao, por las hoy existentes, y que además tienen un perfil mucho más favorable, debe creerse que el tráfico que pudiera existir del Mediterráneo (Valencia) al Golfo de Vizcaya, seguiría con ventaja las rutas existentes» (1). Luego si el tráfico no seguiría esta ruta—por más larga, por más difícil—, mal pudiera aconsejarse para el rápido desplazamiento y traslado de los contingentes militares, que es el objetivo de la Estrategia. Pero si la Estrategia, en España, mira a la defensa del territorio nacional, ante la eventual invasión por la frontera norte, atravesando rápidamente fuerzas, por líneas transversales, al eje defensivo de la línea Madrid-Irún, ya existen esas trasversas, y ninguna urgencia pide unir de nuevo Valencia con Santander.

No se trata, pues, de un ferrocarril estratégico; repudiado fué, una y otra

(1) Primer Informe, fecha 13 de septiembre de 1922—fecha histórica. A esta voz de la ciencia y de austeridad opuso el Directorio una Real orden, *coactiva* para este alto Consejo imponiendo una imposible rectificación. Se decía en dicha Real orden que el Directorio Militar, habiendo examinado este expediente, y unánime al apreciar las ventajas de orden militar y de interés general de esta línea férrea y la urgencia de su construcción, acordó pasar de nuevo todo el expediente al Consejo de Obras públicas para que en *plazo improporcionable de quince días* promoviese el procedimiento más rápido para llegar, dentro de las garantías estrictamente indispensables, a la pronta construcción del ferrocarril, *sin que para ello debiera considerarse el Consejo coartado por trabas de preceptos legales hasta ahora establecidos, que, dado el especial modo de funcionar del Directorio, se pueden sustituir por éste, no sólo con carácter general, sino en este particular de interés público, por otros más expeditos y prácticos*.

vez, por el más alto voto de la técnica; falta de base comercial, su explotación resultará ruinosa. Y, con todo, esta Compañía inglesa, bajo el misterioso hado de una invisible *altísima protección*, logra vencer obstáculos gubernativos, obtener concesiones, transformar éstas—aun contra el Dictamen del Consejo de Estado (1)—y últimamente logra eliminaciones ventajosas de su plan y descargas de sus compromisos, como ha de ver la Nación a lo largo de este voto.

Resultados del error técnico, en el Proyecto de este ferrocarril—y de la codicia, en su construcción—es la *perturbación* causada en la zona que atraviesa: por la inmoralidad administrativa de la Compañía «Santander-Mediterráneo», lesiva no sólo a intereses del Estado, sino a los de particulares, y creadora de un *estado de peligro*. He aquí algunos hechos: en las expropiaciones no se aplica la tabla, o «cuadro de precios», que es legal por unidad de hectárea, y según clase de cultivos (2); un trocista italiano desfalca y huve, dejando en la miseria a muchos constructores de obra subcontratada, y la Compañía, que no le retribuyó, como era su deber, una parte de la fianza, niega a responder de la obligación subsidiaria (1): no se cumplen, en la construcción, las leves del trabajo; a partir de cierto kilómetro, las traviesas de roble, a que obliga el proyecto aprobado por R. D. de concesión, son substituidas por otras de pino (lo que permite asegurar que dentro de poco tiempo se iniciará—con patética solemnidad—la serie de descarrilamientos, en esta línea. No hace mucho se ha hundido en Escaños

(1) El sistema de tratar con la Compañía concesionaria las modificaciones de la concesión—decía—es de todo punto inadmisibles. La consecuencia y formalidad con que la Administración debe proceder en sus actos no permiten que anunciada y celebrada una subasta se cambien en lo esencial sus condiciones de acuerdo con el concesionario. Por las suspicacias a que se presta, redundando ello en perjuicio del buen nombre de la Administración; puede perjudicarla también materialmente, alejando a los postores de buena fe, y significa la supresión en la práctica del sistema de subasta para las concesiones y contratos. Da además motivo a las fundadas quejas de los que tal vez hubieran acudido a la licitación si hubieran sabido que las condiciones iban en definitiva a ser tan diferentes de las que se anunciaron.

(2) Véase José L. Errazquin, *Las expropiaciones del Ferrocarril Ontaneda-Calatayud. A los labradores y propietarios*. (Burgos, imp. Arnáiz, 10 julio de 1925.)

(1) Denuncia al ministro, de don José María Sanz, delegado de Montes en Soria (5 enero de 1929).

Ayuntamiento de Madrid

(Burgos) un puente sobre el río Nela, resultando la caída de un tren de balasto, en cuyo accidente hubo ocho obreros heridos (2). A pesar del absurdo coste kilométrico de pesetas:

838.548,43

el trazado está hecho con tan cómica finalidad a evitar, no ya túneles, sino desmontes, que frente a un cerro, la vía deriva en curva, para salvarle... Así, el número y radio de las *curvas* es tal, en este ferrocarril, que no han de sorprender los futuros repetidos descarrilamientos.

V.-Contra Ley

Aún más considerable es el aspecto legal. Al aprobarse el proyecto del ferrocarril Ontaneda-Calatayud, por Real decreto de 1.º de julio de 1924, parecía de rigor se hiciese con arreglo a las normas de la ley de 23 de febrero de 1912, vigente a la sazón y modificativa de once artículos, casi todos los de la «Ley de ferrocarriles secundarios y estratégicos», de 26 de marzo de 1908—. No con arreglo a ésta, ya derogada en parte por la del 12. Así lo pedía el Consejo de Obras públicas, en su dictamen de 22 de octubre 1923. Porque es bueno saber que la ley de 1912 contiene un artículo—deplorable para los intereses excesivos de los enemigos del Tesoro—que dice así:

Art. 17, párrafo 5.º En ningún caso el Estado garantizará, sin acuerdo de las Cortes, interés de 5 por 100 a proyectos cuyo presupuesto medio de ejecución material de obra por kilómetro exceda en su coste de 250.000 pesetas. No obstante, el Gobierno podrá otorgar la concesión, siempre que el peticionario renuncie al exceso de garantía sobre la indicada cifra.

Ese oportuno límite, fijado por la ley a los presupuestos *fantásticos*, presentados por solicitantes de concesión de ferrocarriles secundarios y estratégicos, no convenía tal vez al grupo inglés, representado por el señor Solms, con la ingenua complicidad de las Diputaciones; pues éstas y aquél presentaban un proyecto cuyo coste kilométrico era algo superior al tipo fijado. Era de:

838.548,43 pesetas por kilómetro

(2) Véase *El Sol*, de Madrid (2 abril de 1930), y toda la Prensa del día 3. El mismo día, a consecuencia del hundimiento de un túnel en las obras del salto del Alberche (Tiemble, Prov. Madrid), perecieron aplastados dos obreros y otros seis heridos. Desde el comienzo de las obras, lo menos se han desgraciado 30 hombres (*Heraldo de Madrid*, 2 abril 1930). Este era otro de los grandes *affaires* de la Dictadura. Al sepultarse ésta, justo es que la sigan sus obras maestras.

(Continuación)

OBJETIVISMO POLÍTICO

De la abstracción: Regreso

por EDUARDO WESTERDAHL

Es interesante enfocar el viejo campo de experimentación europeo, cuando se produce, repetidamente, no la crisis de un viejo sistema temático, sino primero un desordenado matiz, un modismo ligero y luego, centrado ya, con esa densidad adquirida por su propio recogimiento y sedimentación, observar cómo todos los otros temas tenidos por principales giran a su alrededor y establecen en definitiva el muestrario relacionado de un momento histórico.

Volvemos, ciertamente, de las abstracciones. Pero sin abandonarlas, consecuentes a este renacimiento. Los abstractos—Hannover: Vordemberge, Schwitters, Buchheister, etc.—ejercieron una de las más importantes labores de desintegración que necesitaba el nuevo constructivismo.

Sin los abstractos, no se concibe verdaderamente el post-expresionismo en esa intelectual vida y valoración objetiva; ni la arquitectura racionalista—arquitectura: centro de atracción de las artes (gravitación de las artes: D'Ors)—aplicada a la época como un signo histórico, automático con el momento. Véase cómo toda manifestación artística, que no responda automáticamente a una necesidad social, es falsa y se ausenta por falta de sinceridad. El expresionismo pictórico fué consecuencia de un momento caótico universal: el post-expresionismo es la serenidad, el recogimiento de ese momento. El neogonismo, tan puesto de moda hace unos años, fracasó por insincero. No se concibe, ciertamente, cómo un espíritu moderno puede apartarse de su época para producir una obra irrelacionada, sin automatismo, que sea como una sublimada proyección.

Desde el año 1925 al 1927 tienen los abstractos alemanes sus más célebres exposiciones en París, Nueva York, Berlín; pero ya diez años antes, con la llegada de las tropas coloniales, el exotismo entraba en las modas de la alta sociedad, se incorporaba al amor cosmopolita el hombre de color, se incorporaba a la música los elementos del «jazz», a la literatura los viajes y las exploraciones, y la religión era sorprendida por el tabú. No había ciertamente en Europa una reacción contra todos los jóvenes valores que asaltaban la vieja cultura. Francia y Alemania—los lugares donde se imponía más enérgicamente la importación—, gastadas en la guerra,

sin una gran fe racista, no oponían un viejo ideal ético.

¿No era este el momento más propio para las teorías de los abstractos? Se puede establecer un paralelo del estudio al «budoir», y se verá cómo junto a la tabla tipográfica abstracta—ese gran paso a la moderna tipografía y al reclamo, que justifican la necesidad de la escuela—aparece el Buda. Buda era, ciertamente, el mito más apropiado de la postguerra. La importación requiere, ante todo, un ambiente donde desarrollarse. Europa se prestaba a la abstracción, no tanto por el contagio de las costumbres coloniales, sino por un sentimiento colectivo, de masa, que arrancaba, como toda la doctrina búdica, de un momento pesimista, levantando

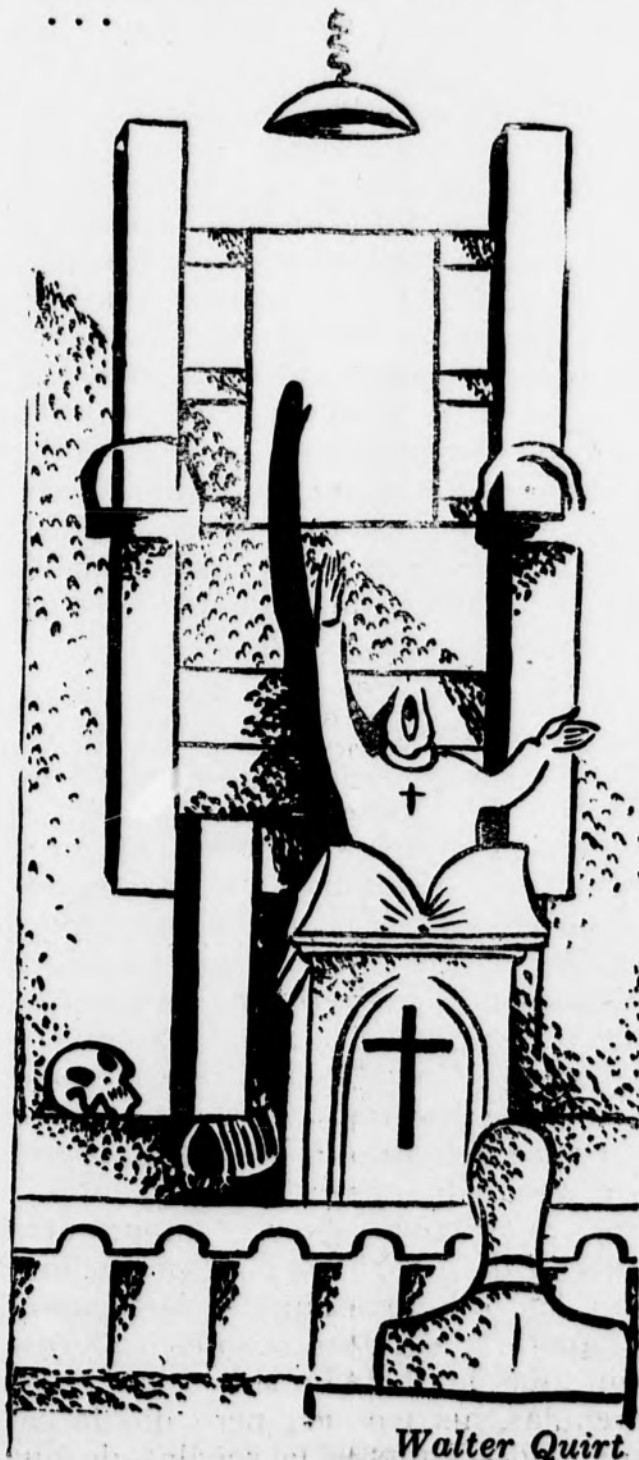
do sobre la época una construcción negativa. Los campos arrasados, la destrucción de todos los valores concretos, pedían que el hombre desconectara su espíritu del dolor universal para lograr su propia salvación. Se encontraba en la infancia de una nueva vida y sólo en un principio de absoluta desintegración podía acometer la gran obra de reconstrucción en todos los órdenes.

Derivando de la abstracción aparece sobre Europa la corriente política más natural: el paneuropeísmo. Paneuropa encuentra su propaganda en la masa más abstracta: la judaica. El paneuropeo abstracciona el valor de la política nacional. Pero ya viene derivando hacia una concreción: la política. No es, en verdad, una política idealista: viene del idealismo, no va hacia él; es un nuevo romanticismo a la inversa, donde no se trata de formar un cuerpo con arreglo a un molde intelectual, sino el molde con arreglo al cuerpo. (Nos encontramos otra vez ante la arquitectura, centro de atracción de las artes, donde se vé el más fiel automatismo.) La arquitectura se adapta a la masa, a las necesidades sociales del momento. (Golosoff llega en su Elektrobank de Moscú a una arquitectura de luz natural.) Ya estamos, pues, en plena política, cayendo, de regreso, sobre los campos. El teatro, la literatura, la pintura, van respondiendo, incorporando los nuevos temas políticos. Ahora, lo que importa es que la interpretación política sea consecuencia de un regreso de la abstracción y no la vieja raíz de la concreción nacionalista.

La gran crisis fué, precisamente, la visión objetiva del mundo. Ha sido quizá lo más audaz de estos tiempos, que sólo se ha podido producir en la época de las revoluciones esta inversión del ojo que ha logrado hacer los

LA LIBERTAD DE PROPAGANDA

...



Walter Quirt

LEA USTED
NUEVA ESPAÑA

más amplios virajes sobre el paisaje contemporáneo. Del subjetivismo al objetivismo no es una escala cromática: es una revolución de la escala. Esta superación de la antigua limitada individualidad—unida a un gran elemento de propaganda, la velocidad—servirá para que los jóvenes europeos, sin carga, sin pasado, sin los vicios de la historia—ya centrados, por propio recogimiento y madurez—tomen los temas políticos objetivamente, dejando desenvolver sus caracteres, sí relacionados por automatismo con todos los otros temas de la época, a distancia y esféricos, con luz propia e independiente solución.

OBRERISMO

por ISIDORO ACEVEDO

UN LIBRO DE KAUTSKY

LA DOCTRINA Y EL HOMBRE

La Editorial Beltrán ha hecho una segunda edición de *La doctrina socialista*, traducida por Pablo Iglesias y Juan A. Meliá. La primera apareció hace veinte años. Es, como se sabe, una respuesta a la crítica de Bernstein, aquel teórico alemán que después de seguir fielmente a Marx dió un cambio de frente y emprendió la revisión de la doctrina de éste en un libro que produjo enorme sensación en Alemania y en todo el mundo, suministrando armas al antimarxismo internacional, que proclamó gozoso el derrumbamiento de dicha doctrina. Este libro de Kautsky es, concretamente, una refutación del famoso libro de Bernstein, y tuvo su origen en los trabajos publicados por el autor en la revista de la Democracia Socialista alemana *Die Neue Zeit*, trabajos retocados y ampliados para formar el volumen.

«El libro de Bernstein—comienza diciendo Kautsky en la introducción de *La doctrina socialista*—es la primera obra sensacional en la literatura socialista alemana. Como éxito literario, *La mujer*, de Bebel, ha superado en mucho al resto de nuestra literatura especial; pero, hablando con propiedad, no es un libro sensacional,

porque ninguna sensación produce el que un socialista escriba un libro socialista.»

Estas palabras encierran tácitamente, con donosa habilidad, la afirmación de que el libro de Bernstein no es un libro verdaderamente socialista, y el juicio que a Kautsky mereció un libro de Bebel, que con Liebknecht—el padre del joven Carlos Liebknecht, asesinado al mismo tiempo que Rosa Luxemburgo—compartía la dirección del partido socialista alemán y encarnaba en toda su pureza el ideal marxista, revela la integridad de la ortodoxia de Kautsky en la época en que refutó el revisionismo de Bernstein, integridad que comenzó a menoscabarse cuando la guerra europea puso a prueba el temple espiritual de los teóricos de la Segunda Internacional. Pero de esto hablaremos después. Ahora ciñámonos a la doctrina; más tarde trataremos del hombre.

Una apreciación de conjunto, complementaria del paralelo que establece entre *La mujer*, de Bebel, y el libro de Kautsky, expresa por adelantado el juicio definitivo de Kautsky. «Se empeña principalmente—dice—en plantear problemas cuya solución deja al cuidado de los demás.» Y añade: «La obra de Bernstein es de circunstancias, un libro sensacional que levanta por el momento gran polvareda, pero cuyo efecto no es duradero.» Este juicio de Kautsky se ha confirmado plenamente: el revisionismo de Bernstein ha quedado relegado al archivo de las curiosidades históricas. Hoy no alcanza mayor consideración que las trasnochadas lucubraciones de los socialistas de cátedra.

«La obra de Bernstein—agrega Kautsky para poner de manifiesto las dificultades que ofrece su examen al ordenamiento metódico de la crítica—suscita en algunas páginas tan gran número de problemas que carece, no ya de resultados positivos, sino también de claridad en la exposición. Los pensamientos se agolpan, se precipitan, y ninguno llega a su completo desarrollo. Consecuencia de todo esto es que sea casi imposible, al que hace la crítica del libro de Bernstein, obtener resultados serios y apreciables... Los pensamientos más importantes carecen de desarrollo y de precisión.»

A las objeciones que se le hicieron al aparecer su libro, contestó Bernstein que no habían sido bien interpretadas sus teorías; pero dió la casualidad—Kautsky la señala—de que

los impugnadores coincidieron exactamente en la interpretación, mientras que los apologistas interpretaron cada cual a su modo las nuevas teorías de Bernstein.

En tres capítulos recoge Kautsky, para examinarlo y criticarlo a la pura luz del marxismo, todo el contenido del libro de Bernstein. El primero, que titula «El método», abarca la concepción materialista de la Historia, la dialéctica y el valor; el segundo, titulado «El programa», la teoría del derrumbamiento, la explotación grande y pequeña, el aumento del número de poseedores, las Sociedades anónimas, el consumo de la supervalía, la teoría del crecimiento de la miseria, la nueva clase media, la teoría de las crisis y el programa socialista, y por último, el tercero, denominado «La táctica», la lucha política y la lucha económica, la independencia o no de la política socialista y el problema del triunfo, enunciado en forma interrogativa.

Reflejar, siquiera fuese en brevísimas síntesis, toda la doctrina de Kautsky sobre estas materias y la doctrina impugnada sobrepasaría los límites tolerables de un artículo. Ahora bien; señalemos que lo más importante del libro de Kautsky es el principio del primer capítulo; y ello es natural que así sea, pues en él se trata de la concepción materialista de la Historia, fundamento de toda la teoría marxista. Como que por el descubrimiento de esa concepción y el del secreto de la producción capitalista por medio de la supervalía—Engels lo dice en su *Anti-Dühring* y Kautsky trae la cita al libro suyo de que nos ocupamos—el socialismo ha llegado a ser una ciencia. «De estos dos descubrimientos—amplía Kautsky—el que ha servido de base es la concepción materialista de la Historia. Ella es la piedra angular del marxismo, es decir, de la teoría socialista en el más alto grado de desarrollo que hasta ahora ha alcanzado.»

A vuelta de disquisiciones alrededor de esta doctrina, Bernstein llega a la conclusión de que el movimiento real de la evolución es diametralmente opuesto al que adoptaba Marx. «Debemos alzarnos con todas nuestras fuerzas contra la manera como Bernstein describe la evolución del materialismo histórico—exclama Kautsky—. No es la concepción de Marx, sino la de Bernstein, la que se ha modificado, alejándose así de la concepción marxista.»

Señala el acercamiento de Bernstein



PHILIP SNOWDEN

Una de las figuras relevantes del Laborismo.

Ayuntamiento de Madrid

a Bax. Los dos están conformes en admitir que en la historia de la Humanidad la influencia de las ideas alterna con la de las condiciones económicas; pero se separan en la iniciativa psicológica: Bax coloca la preponderancia de ésta en el origen de la Historia; Bernstein, por el contrario, afirma que es en la época actual cuando el factor económico pierde cada vez más terreno. (Bien se ve—intervinimos nosotros—que Bernstein sostenía esta desviación de la doctrina marxista antes de la guerra europea, generada y desencadenada por los egoísmos en choque de los intereses económicos del imperialismo capitalista.) A la errónea apreciación de Bernstein opone Kautsky que los ideólogos nunca dependieron tanto como ahora de las fuerzas económicas. Bernstein, uno de ellos al separarse de la línea marxista, se veía envuelto en esto sin advertirlo.

La doctrina socialista, de Kautsky, es un gran libro de perenne actualidad. Si siempre es de interés su lectura, es por la doctrina que encierra, no por la que impugna, condenada ya al olvido una vez refutada.

* * *

Hemos exaltado, con motivo de un libro suyo, la doctrina de Kautsky anterior a la guerra europea, doctrina netamente marxista, puramente ortodoxa. ¿Podemos hacer lo mismo del hombre desde que comienza esa hecatombe? Desgraciadamente, no. El huracán guerrero arrastró a este hombre, como a tantos otros teóricos de la Segunda Internacional, al campo burgués, filiándose en el nacionalismo germánico, como Guesde en el nacionalismo francés, Vandervelde en el belga, etc., etc. Fué la guerra europea la piedra de toque de los citados teóricos. Ella perdió para siempre al mejor intérprete de Marx y Engels: Kautsky.

Y lo que lógicamente tenía que ocurrir: enrolado en el colaboracionismo burgués, Kautsky combatió fieramente la revolución proletaria que alumbró dicha guerra: la Revolución rusa. Abroquelado en una dialéctica rígida que paradójicamente aplaudieron los escritores burgueses por el provecho que de ella sacaban para su causa, Kautsky publicó su «sensacional» libro *Terrorismo y comunismo*, briosamente impugnado en el que Trotsky escribió con el mismo título y el subtítulo de *El Anti-Kautsky*, y no menos briosamente impugnado también por Lenin en su libro *La victoria proletaria y el renegado Kautsky*.

En *Terrorismo y comunismo* llega Kautsky a estampar la siguiente afirmación: «El fracaso económico y, por consiguiente, moral del método bolchevique es inevitable. Sólo puede disimularse este fracaso mientras pueda

sostenerse militarmente.» La predicción de Kautsky desmentida está por la realidad que a la hora actual ofrece el bolchevismo en Rusia. Lejos de fracasar económicamente, el régimen bolchevique se afianza más y más: el campo se industrializa, alcanzando la producción vuelos insospechados en tan poco tiempo; grandes fábricas pueblan las que antes eran pedradas estepas; los ferrocarriles prolongan y bifurcan por doquier sus líneas, construyéndose otras nuevas extendidas en miles y miles de kilómetros; los Bancos del Estado funcionan perfectamente, descansando con toda seguridad en la solidez de sus divisas; regularizado está el comercio interior y exterior; los obreros ven disminuir sus jornadas y aumentar su descanso semanal (jornada de cuatro días y uno de descanso) y sus salarios; la vida, en general, está rodeada de mayores comodidades y alicientes. ¿Por qué no reconoce todo esto Kautsky? ¿Por qué no rectifica, restituyéndose a su primera posición socialista—aquella que ocupaba cuando polemizaba con Bernstein—, su irreflexiva afirmación de que el fracaso económico y moral del método bolchevique era inevitable? ¿No le bastan para ello los doce años de experiencia de dicho método y el espléndido resultado que ofrece ya al mundo?

Kautsky esconde su derrota en un rincón cercano a Viena, que es donde al parecer se refugia ahora durante una gran parte del año. El hecho de aparecer anonadado y esquivo ante la edificación de la vida socialista rusa descubre en él al hombre de contextura moral muy diferente a la que apa-

rentaba cuando le leíamos con admiración y respeto. De todos modos, ahí queda perdurable, como documento magnífico, su libro *La doctrina socialista*.

Es curioso: Kautsky, abroquelado, como antes decimos, en la rigidez de la doctrina marxista—no obstante su actuación desde la guerra europea acá—, combate la Revolución rusa por entender que no se ajusta a los postulados de aquélla. Max Eastman, en cambio, hace un viaje a la República de los Soviets, se pone en contacto con el régimen bolchevique, lo estudia y publica un libro, *La ciencia de la Revolución*, en el que desdeña altivo a Marx y hace una entusiástica apología del «método práctico» de Lenin. ¿Quién tiene razón: Kautsky, Max Eastman o los teóricos del comunismo ruso, que dicen, con Lenin y Trotsky a la cabeza, que sin una teoría revolucionaria no es posible ninguna revolución y que ellos se inspiraron, para hacer la suya, en la línea teórica del marxismo? La realidad se pronuncia a favor de los últimos. De cualquier manera, es muy conveniente y de alto interés científico el estudio comparado de todos estos libros.

COMEDORES DE CARIDAD MONTERO

Como en años anteriores, el día 1º de noviembre próximo tendrá lugar la apertura de estos comedores.

Según costumbre, se servirán todos los días, a las doce de la mañana, doscientas comidas, ya para consumirlas en el local, ya para llevarse a casa, o donde mejor convenga a los portadores de vales emitidos por don Gabriel Montero Labrandero, fundador y sostenedor de esta obra de misericordia.



Una manifestación política en Berlín.

Ayuntamiento de Madrid

EL NACIONAL-SOCIALISMO

(Conclusión.)

M.—Usted aborda demasiado estrechamente la idea de la burguesía. Yo la considero en bloque, no clasificada. Para mí es uno, y lo mismo, trabajadores, empleados, burócratas. Lástima, la burguesía se ha preocupado sólo de la suerte personal, olvidándose del bien común. ¿Por qué comenzó a emocionarse la burguesía con la inflación cuando la inflación ya había pasado? ¿Por qué la burguesía despierta siempre después de las decisiones, después de las batallas, después de las revoluciones? La burguesía grita y escandaliza después que los hechos están realizados. ¿Por qué se ha atacado tanto a Piscator?

T.—Porque vosotros no poseéis la fuerza precisa para crear a vuestro lado un teatro político semejante.

M.—No; sino porque el teatro y las fuerzas reinantes de este momento condenan todo lo que es de derechas. Yo amo tanto el teatro político como usted. El teatro dramáticamente político se entiende, como el que puede encontrarse desde un Lessing pasando por Schiller hasta Hauptmann, Hans Johst o Schaw; pero no el teatro socialmente dramático, ni el esteticista, ni el moralista, ni el patético-sentimental, a ese no lo puedo amar. También Shakespeare es un político de gran envergadura, pero no sometido al hechizamiento de Reinhardt, sino dejando surgir sus ideas claras e independientes.

T.—Yo creo que usted podría llegar a comprender el teatro político.

M.—Permítame que me siga explicando. Nosotros permanecemos todavía respecto a teatro en el viejo Heidelberg y el te en casa de la marquesa, somos todavía unos sentimentales presos en los tumultos de las fiestas de cerveza. Vea usted lo que se hace con «Romeo y Julieta», un idilio de primavera, un asunto de amor desgraciado con un desenlace angustioso. ¿Y qué podía hacerse teatralmente de esa obra?

T.—Un drama, el cual tiene con nuestro tiempo, nuestros anhelos, nuestros deseos, nuestra misión, una viva relación.

M.—Sus amigos harían seguramente de esta obra una caricatura de la Cort. Pero yo le digo a usted

que la más convincente y fuerte idea de «Romeo y Julieta» es la lucha de las generaciones, el fratricidio. Nuestras diferencias actuales, el sentimiento militar a cada uno de los lados de la república, llámese él «frente rojo», «frente de la república» o «casco de acero», son una misma cosa, es el mismo paso, es, sobre todo, la misma disciplina, solamente que los hermanos han de estar siempre unos frente a otros, este es el último, el profundo significado de «Romeo y Julieta», de cuyo drama no se ha hecho hasta ahora más que virtuosismo. ¿Pero qué quiere usted si la sala de butacas del teatro de su Piscator está siempre llena de smokers y chalecos blancos!

T.—Esta contradicción en el teatro de Piscator es verdaderamente lamentable. ¿Cómo puede celebrarse la burguesía mientras en el escenario se canta la Internacional?

M.—Porque es moda.

T.—Quizá eso no lo explica todo. Gran parte de la burguesía sufre hoy condiciones de vida insupportables y como una liberación de su triste vida se permiten el lujo de simpatizar con la revolución en el teatro, mientras no llega realmente la revolución.

M.—Esos son los políticos liberales de salón.

T.—Usted exige teatro auténticamente político, y sus amigos persiguen lo que no está de acuerdo con sus opiniones. ¿Quién gritó pidiendo la prohibición de «Revolución», de Lampel; de «Potemkin», de mi «Hinkemann»?

M.—Yo, no.

T.—Hace algunas semanas el señor Hussong, que está al lado de usted, flageló todo teatro político.

M.—Esto sería una equivocación burguesa.

T.—No puedo dejar de llamarle a usted la atención. Quien tiene el valor de llegar a las consecuencias que llega usted, está en peligro. Yo veo ya llegar el día en el que nosotros, los de la izquierda, debamos defenderle de sus propios amigos.

M.—El arte para serlo debe ser actual en todos los tiempos. Por eso leemos nosotros el «Fausto», todavía hoy nos emocionamos con «Los Ladrones» y amamos a Grabbe y a Kleist. Lo que es necesario es que el hombre actual interprete el momento del drama.

Por eso no debe consentirse que las obras sean vulneradas y mistificadas. Es, naturalmente, posible montar «Los Ladrones», de

en Böhmerwald era una revuelta y no una revolución.

T.—Yo no he visto la interpretación que Piscator hizo de «Los Ladro-



EL GENERAL URIBURU, por "Félix".

Schiller, no sólo en el sentido del teatro de Piscator, sino incluso darle un sentido bolchevista, pero también es posible darle un sentido totalmente opuesto. Con esto puede comprenderse el profundo sentido de este drama de la revolución, y además puede comprenderse cómo cada tumulto

nes». Pero creo que usted habla también de ello superficialmente. Toda actualidad es exigencia, todo lo cósmico, no unido al tiempo, trágico o heroico reconocimiento. A pesar de todo no podemos darle realidad a las ideas sino actualizándolas. Yo vuelvo a nuestro tema. De nuevo ve us-

Discusión entre Ernest Toller y Alfred Mühr sostenida desde la Radio de Berlín.

ted la decadencia de la cultura burguesa. Los ideales de la democracia burguesa...

M.—Que no son nuestros ideales.

T.—... los ideales de la democracia burguesa exigen libertad para todos. Hoy la democracia burguesa ahoga...

M.—Toda idea independiente.

T.—No, absolutamente. Hoy ahoga, por medio de la censura, todas aquellas tendencias que amenazan sus privilegios.

M.—Nuestra democracia burguesa es igual totalmente que la monarquía.

T.—Una señal de la liberalidad monárquica era la ley socialista.

M.—El olimpo ha amado siempre a los clásicos y despreciado a los revolucionarios, a los polemistas, a los propugnadores de nuevos valores, de nuevos órdenes. La burguesía ha extraído de la cultura solamente las uvas pasas que agradaban a su paladar, mientras los genios eran colgados de la cruz. La cultura burguesa consta del culto a la muerte y de los monumentos glorificadores.

T.—Muchas gracias. Yo creí que usted rebatiría mis afirmaciones y, con gran alegría, veo que las defiende usted.

M.—Yo no soy un abogado de la burguesía. Nosotros no venimos aquí a proteger nada, sino a desentrañar el tema de nuestra conversación.

T.—Nosotros hemos pretendido, precisamente, señalar algunas pruebas del fracaso de la cultura burguesa. En la crítica de la cultura burguesa coincidimos. Pero usted pretende otras consecuencias que las que yo pretendo.

M.—Sí. Usted quiere prescindir de la burguesía; yo, en cambio, quiero revolucionarla y volverla hacia un nuevo Estado.

T.—Nosotros, socialistas, queremos prescindir no sólo de la burguesía, sino también del proletariado.

M.—Entonces, caos y anarquía. Esto ya lo sabíamos nosotros.

T.—Haga el favor, transmítanos lo que ustedes saben.

M.—Es demasiado exigir.

T.—Yo tengo confianza en que usted...

M.—No se equivoque.

T.—... si aprende la situación verdadera de sus enemigos no la revelará después en artículos de fondo de su «Deutsche Zeitung»...

Nosotros queremos en lugar de las clases sociales la sociedad sin clases, el pueblo con las mismas posibilidades de desarrollo económico y cultural.

M.—Explique.

T.—Puedo sólo explicar en grandes líneas. El tiempo que tenemos no me permite que le exponga el a b c del socialismo. La sociedad burguesa se basa en el hecho de que las grandes masas deben vender su esfuerzo a una pequeña minoría, la cual vive y se enriquece.

M.—No sea usted tan pacato, señor Toller. ¿Para quién trabajamos nosotros, para, por quién creamos nosotros, los escritores? Por el mezquino honorario con que se nos paga nuestra mendicante literatura, porque nosotros no somos todavía famosos, porque no llegamos todavía a las ediciones que sobrepasan los 100.000 ejemplares. Vea usted, esto es la democracia; la cual el espíritu, la cultura, el arte sólo lo respeta en los preeminentes. Hoy somos mejor tratados que antes. Pero piense usted, ¿no trabajamos toda nuestra vida para extraños? Si nosotros percibimos de un libro el 8-12 por 100, percibe el comerciante el 30-40 por 100.

T.—¿Porque haya sido así durante siglos debe seguir siendo siempre así? Pregúntese usted una vez la razón de ello. Tenga usted el valor de llegar a reconocer los verdaderos motivos, y vendrá un día a nuestro lado, a luchar no por una pequeña reforma burguesa, sino por una completa transformación de los fundamentos de nuestra cultura y de nuestra sociedad.

M.—Pero, luchar ¿para quién?, para lo internacional, para una humanidad que quiere unirse fraternamente. Yo me permito citarle una frase de un poeta no fichado como reaccionario, escrita en los días de la revolución: «¿De qué nos sirve el manto de la virtud si no nos cubre a nosotros?» ¿Qué han experimentado sus delegaciones de los trabajadores en 1917 en Estocolmo?

T.—En esta Conferencia no han participado todos los socialistas, sino los que ellos se llaman a sí mismos socialistas.

M.—Qué más da decir en Alemania socialistas que comunistas que bolchevistas, todo es igual. Lo Internacional está siempre para

- ellos delante de lo alemán. Hoy es un delincuente quien representa ideas nacionales, ¡como si esto no fuera lo natural!
- T.—Usted cae siempre de nuevo en el mismo error; usted cree que quien es internacionalista sólo por serlo ya odia la nación. No podemos ahora discutir sobre el contenido de la palabra nación. Nosotros no queremos destruir la nación; creemos, por el contrario, que la nación sólo podrá desarrollarse en la viviente realidad de lo internacional. Nosotros queremos la unión de naciones libres. No solamente en Europa, en todas las partes del mundo.
- M.—Yo creo que su ideología no podrá salir nunca de lo utópico. Y por lo demás no tengo ninguna gana de exponer mi piel con sueños ilusos.
- T.—Hay muchas realidades las cuales hace poco todavía parecían utopías y sueños.
- M.—Para entonces sería Alemania el paria de Europa, sus trabajadores trabajarían para sostener la unión internacional de los Estados enemigos y la internacional del mundo capitalista.
- T.—Nosotros luchamos contra el capitalismo lo mismo en Francia y en Inglaterra que en Alemania. Usted olvida que en esos Estados, a los que usted llama enemigos, existe la misma lucha de clases que en Alemania, que nosotros tenemos también allí camaradas que forman un frente común con nosotros. Hay hoy otros frentes que se llaman marxistas y que no lo son, pero ello no hace sino reiterar la fuerza del marxismo.
- M.—Piense en el catecismo del marxista. ¿Cree usted que el libro de rezos del trabajador consta de las liquidaciones de fin de semana?
- T.—Yo creo que el burgués levanta la idea absoluta al cielo y hace radicar sobre la tierra el compromiso. En otras palabras. La burguesía traslada el paraíso a la otra vida para poder aprovecharse del infierno en ésta. Nosotros queremos la unidad entre idea y vida.
- M.—Esto me resulta demasiado general. Yo le pregunto, ¿dónde coloca usted el futuro del reino social revolucionario?
- T.—Hoy por hoy radica en el reconocimiento de la fuerza de los trabajadores de todas las tierras...
- M.—«¡Proletarios de todas las tierras, agrupaos!»
- T.—¡Muy bien, bravo!, en la fuerza para reconocer los motivos por los cuales la sociedad burguesa se apoya permanentemente en la injusticia, en la prestidigitación cultural, en la hipocresía moral, y en el valor y el esfuerzo para crear una nueva realidad.
- M.—Esas son muy bellas palabras, pero yo no veo ningún movimiento que pueda cumplirlas.
- T.—Pero se está en el camino de ello. La realidad de la organización no puedo yo explicársela en estos pocos minutos.
- M.—Pero, la burguesía, al menos en sus capas más populares, dispone todavía de saludables fuerzas y de unos cimientos segurísimos.
- T.—¿Qué quería usted?
- M.—Contemple usted la juventud de la clase media...
- T.—La cual forma en su mayoría en nuestras filas.
- M.—Se cuidarán mucho de ser proletarios; lo que ellos quieren es ser trabajadores en el mejor y más amplio sentido.
- T.—Eso es un juego de palabras.
- M.—No. El proletario se limita a cobrar su tarifa; el trabajador tiene aspiraciones ilimitadas, sin limitaciones de ninguna clase.
- T.—Esa idea es para mí igual que ésta: «El carpintero trabaja por el dinero y el maestro carpintero produce muebles.»
- M.—Yo veo en la juventud de la clase media perjudicada por la inflación un nuevo movimiento anti-burgués que crece impelido por su energía y su aptitud para el trabajo a través de todas las dificultades y todos los peligros. Yo creo, positivamente, que algunos de los principios burgueses, como el del orden y las ideas de pueblo y de Estado, merecen que se los defienda hasta ir por ellos a las barricadas.
- T.—Entonces usted es revolucionario.
- M.—Siempre. Lo que pasa es que yo no rompo con el pasado, sino que aprovecho todo lo que es utilizable del pasado para el establecimiento de lo nuevo.
- T.—Según un axioma fundamental debe construirse sobre cimientos nuevos. Kant dijo una vez...
- M.—Cita usted a un filósofo fuertemente burgués.
- T.—¿Por qué no he de citar a un filósofo burgués? Kant dijo una vez que «las ideas sin perspicacia son ciegas». Usted afirma que usted lucharía por el principio del orden. ¿Qué es orden?
- M.—No es tranquilidad el primer deber del ciudadano, sino decisión.
- T.—Esto vuelve a sonarme a demasiado vago. En una cárcel puede también reinar orden. Usted debe decirme cómo han de ser el Estado y el orden por los cuales usted lucha.
- M.—Al menos, otros que los suyos.
- T.—Eso, no lo dudo.
- M.—¿Qué quiere usted que yo le diga? ¿Debo yo leerle aquí el programa nacional-socialista? ¿Debo decirle algo nuevo sobre la corrupción política actual?
- T.—En vista de que, según he podido notar, conozco yo mejor el programa nacional-socialista de ustedes, que ustedes el nuestro socialista...
- M.—Usted vacila; usted me sigue hacia la derecha.
- T.—Yo no puedo seguir su lógica. Las curvas me son siempre anti-páticas, y amo, precisamente, los caminos rectos... Yo deseo hacerle a usted las siguientes preguntas: 1.ª ¿Cree usted en el fracaso de la cultura burguesa?; 2.ª Si usted cree en su fracaso, ¿cómo piensa que podría salvarse?
- M.—Usted debe observar que yo no soy un defensor de la burguesía. Lo único que yo no quiero es destruirla. Éste es tal vez el trágico problema de un ciudadano. Yo creo en la posibilidad de transformar a la burguesía en nuevas formas sociales.
- T.—Bien; pero sobre esto debe usted tener una clara idea, o participa usted de la opinión de aquel joven fascista alemán el cual consideraba el caos y la sangre como principio creador.
- M.—No. ¿De qué me sirven a mí las granadas si sólo destruyo con ellas? ¿Si sólo rompo cristales y lanzo abajo valores? Yo no soy anarquista, yo no tengo la pasión de destruir. Yo creo que con una socialización de los trusts y de los capitales podrán romperse las cadenas de servidumbre que atan a Alemania.
- T.—Usted debe permitirme que encuentre sus explicaciones, ya que no son suyas, sino nacional-socialistas, demasiado oscuras; El nacional-socialismo ha tomado algunas ideas del marxismo, las ha mezclado con otras absolutamente opuestas e incompatibles y se ha hecho un terrible confusio-nismo a la medida de sus líderes. Pero no pretendemos convencer-nos el uno al otro. Nosotros no hemos querido sino mostrar aquí las dos interpretaciones del fracaso de la cultura burguesa. Usted afirmará conmigo esta frase: «Los filósofos han hecho diversas interpretaciones del mundo, esto quiere decir que el mundo cambia.»
- M.—¡Muy bien!
- T.—Esta frase es de Carlos Marx. Buenas noches, señor Mühr.
- M.—Este es un latiguillo de efecto. Un final de acto. No es usted dramático en balde. Buenas noches, señor Toller.

Economías antieconómicas

por ANDRÉS PELAEZ CUETO

(Continuación.)

Por el desconocimiento de una verdad tan sencilla, es decir, por corteidad de vista, el capital se ha creado la desastrosa y desalentadora situación presente: superstocks de todo lo que la tierra produce y los artificios industriales transforman; crisis de trabajo; conflictos sociales; millones de parados en todos los países; malestar; inquietud; amenazas comunistas de los pobres; terror de los ricos; terror que se apoya y se esconde tras una exacerbación del vacilante andamiaje burgués: nacionalismo, teocracia, militarismo, dictaduras...

Sobra de todo en el mundo. Casi todos los artículos han perdido valor a causa de la superabundancia. Pero, ¿es que sobra en realidad? ¿Puede decirse que sobre nada en donde hay tantos millones de hambrientos y tantos otros millones de seres que se privan de una buena parte de lo necesario para el sustento y la comodidad razonables dentro de nuestro presente nivel de vida?

No. Lo que pasa es que falta consumo. El postulado de la baratura no ha sabido advertir que al reducir el presupuesto de salarios reducía en la misma medida su mercado de venta. Los sobrantes actuales son el pósito de los muertos. De los muertos de hambre o con hambre mal saciada, naturalmente. No existirían hoy remanentes de ninguna cosa si todos ellos hubiesen podido consumir un poco más.

La crisis ha sido menos sensible en tanto en el mundo hubo grandes países sin industrializar, es decir, grandes mercados que podían absorber la producción extranjera. Sin embargo, viene apareciendo y agudizándose en los últimos tiempos con sólo leves alivios originados por las malas cosechas o por las catástrofes. No ha bastado a nivelarla el enorme derroche de la última guerra y continuará agravándose en la misma medida en que el principio de la baratura industrial, rebasando el campo de los factores impersonales (aprovechamiento de tiempo y materias; producción racionalizada), siga encogiéndose las nóminas y mermando el índice de los salarios. Y culminará cuando la industrialización de los países que viven todavía en el período agrícola reduzca, como si dijésemos, los mercados de una gran parte de América, de Asia, de África...

Un gran acierto de los Estados Unidos, uno de los principales determinantes de su boyantía financiera (que,

no obstante, no bastará a compensar su gran error de encerrarse en sí mismo y volverse de espaldas al mundo), ha sido el crear, por medio de la política de los altos salarios, un extenso y ávido mercado interior que le ha inducido a la peligrosa ilusión de creer que puede bastarse por sí solo.

La máquina ha venido para producir el tipo de obrero yanqui de automóvil, radiola y casa propia, y no para crear una casta más o menos numerosa de rentistas vegetantes, en un extremo, y un enjambre de obreros de taberna por el otro. Tan irracionales y repugnantes estos últimos, patente en ambos una animalidad que sólo difiere por la cantidad y calidad de sus apetitos, en correspondencia con los medios de que se dispone para satisfacerlos; pero con la diferencia de que, en el uno, hay falta de sentido ético y, en el otro, de cultura e ideal. Un reparto más razonable de la riqueza eliminaría naturalmente ambos extremos y produciría a la vez el obrero culto y el capitalista puramente trabajador.

La plutocracia contemporánea teme el comunismo, pero no da un paso inteligente para evitarlo. El comunismo no es, en fin de cuentas, sino la consecuencia de la necesidad agudamente sentida de sustituir al productor ambicioso, egoísta y cerril—rentista en potencia y camino—que nuestro régimen de libre competencia supone y permite, por un empresario desentendido de la idea del lucro personal y atento a colocar la producción al servicio de la comunidad: el Estado.

El capitalismo hubiera podido ahuyentar el espectro comunista con sólo limarse un poco las uñas; distribuyendo los productos del trabajo razonablemente de modo que el capital obtuviese su legítimo interés, el fondo de reserva, la necesaria dotación previsional de quebrantos, y el personal trabajador todo el resto de las utilidades en una u otra forma. Y esto no sólo por equidad o por altruismo, sino por una razón eminentemente económica: para crearse un mercado que ahora le falta; para que esos sobrantes que ahora deprecian la producción puedan ser fácilmente consumidos y vengán a servir su propio fin de subvenir a las necesidades del hombre, para quien todas las cosas del mundo han sido creadas.



La civilización americana, de "New Masses"

¡Rifa y Raffle!

■ El órgano matinal de Llapisera y del upetismo se va quedando sin suscriptores y sin lectores.

Ya no pueden con él ni siquiera los deficientes mentales.

Dentro de poco sólo lo leerán los mentecatos absolutos.

Y monseñor Múú...gica, obispo de Vitoria.

■ El «A B C» es un navío que está en peligro. Zozobra y hace agua por todas partes.

Por eso la tripulación se afana en sus puestos. Siurot iza el petifoque, Llapisera maneja el timón, Benavente y Hoyos y Vinent trabajan en las vergas, Manolito Bueno limpia fondos como buenamente puede y Sánchez Mazas, el grumete, limpia las botas del capitán.

Juan Ignacio, el capitán, que ni ve ni oye ni entiende, hace tonterías sobre el puente y toca la bocina.

Pero la cosa no tiene remedio.

El navío está hecho un casco y ya no lo salva ni el Corazón de Jesús que lleva de mascarón de proa.

■ Al más conocido de nuestros «turistas» le robaron ayer la repleta cartera.

Ya lo sabe el «caco». Tiene cien años de perdón.

■ Dice que hay «nubecillas en el horizonte».

Sí, hay nubecillas.

(Y avione...)

■ Los de Alba van a entrar y va a salir Berenguer...

¡Qué cosas vamos a ver!

¡Qué cosas van a pasar!

■ Nicanora, gran señora, que te conviertes ahora en dama de alto copete... ¡Cómo me has puesto en un brete con tu ascenso, Nicanora!

El afecto que te tuve se me va quitando ya con la sorpresa que obtuve. ¡Piensa que quien alto sube más fuerte porrazo da!

■ Ya están los ministros liberales que van a ser—o que no van a ser—andando por los periódicos.

¡Caramba, pero tan en puerta están los liberales?

■ En unas declaraciones que le ha hecho don Santiago Alba al periodista señor Antigüedad, ha dicho que España entera se tiene que unir para salvar la peseta.

¿Y una vez salvada la peseta, en qué necesidades la vamos a invertir?

Este es punto que nos necesita aclarar el señor Alba, para saber a qué atenernos.

■ Se anuncia un match Cierva-Bugalla. Sólo se admite el triunfo, por tantos, que serán apuntados en los escudos del Congreso de los Diputados.

Los puños de los púgiles irán enguantados en pucheros.

¿Quién dará más pucherazos?

El árbitro será... se está buscando, el rey de los árbitros.

¡Gran espectáculo!

■ —Dígame el animal que tiene más vidas.

—¡El gato!

—Se equivoca el alumno. El gato es el animal que tiene más vidas, en otros países. Pero en el nuestro es la mona...

—¡Quí!—salta el alumno, sin dejar acabar al profesor.

—Sí. La mona que tiene un amigo mío, que la están queriendo matar y matar y aún está viva.

■ Cambó se ha arreglado la laringe en una clínica londinense.

Eso hubiese estado lógico en un Fleta.

¡Pero en Cambó, que no es un cantante, que no tiene que hacer filigranas guturales!

Ayuntamiento de Madrid

Cambó, como genial hombre de finanzas que es, brujo de números, lo que utiliza para hacer filigranas son las manos, y, por tanto, adonde debiera ir es a una manicura a que se las embelleciese, para lucirlas al jugar con las cifras.

■ —¿Qué es eso negro que se ve ahí junto a la tapia?

—¿Una mula mordiendo el sarmiento seco de una parra?

—¡Estás ciego! ¡No profanes las cosas santas! ¿No ves que es un cura recibiendo... el donativo de manos de una beata?

■ Circulan rumores que don Juan de la Cierva va a ser ministro de Hacienda.

¿Qué habrá visto Berenguer en este jurisconsulto, para sanar la peseta?

¡Ah, ya!: las minutas que presenta a su plutocrática clientela y sus celeberrimos pantalones a cuadros.

Son grandes cualidades para ser un inmortal ministro de Hacienda.

■ Dicen que La Cierva se ha convertido al socialismo y que ansía conquistar el Poder para abolir la propiedad y repartir humanamente los dones de la Naturaleza.

¿Creéis que don Juan de la Cierva atesora, lo que con tanto afán atesora hoy, movido por esa pasión vil que se llama avaricia?

¡No!

¡Mil veces no!

Don Juan de la Cierva y Peñafiel compra fincas urbanas y rústicas, acciones de Bancos y de Compañías, eleva al cubo sus minutas profesionales y lucha por apresar carteras—de ministros se entiende—para apoderarse de España entera, y una vez amo de toda, en su caja y en su mano, pendiente de su voluntad, implantar en un segundo el régimen socialista.

Sueña don Juan con ser el ejecutor de la dictadura del proletariado.

Cada redentor auténtico tiene su sistema original para salvar a los hombres.

Cierva traerá a España el comunismo. No dudarle. Ahora que con otro procedimiento.

Condiciones nuevas y contradicciones antiguas

por L. TROTSKY

Este admirable artículo de León Trotsky, que traducimos de un reciente folleto «¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?», tiene un gran interés para comprender la revolución agraria y sus destinos. Aquí puede verse cómo el campo ruso sale de su estado precapitalista y marcha empujado por poderosos motivos económicos hacia el socialismo, después de haber vivido de una manera abreviada, por decirlo así, el período capitalista. La liquidación del régimen feudal por el reparto de las tierras mostró a los campesinos la insuficiencia del método y consecuentemente los lleva hacia las soluciones socialistas que les señala el Gobierno obrero.

No es aquí, sin embargo, donde se encuentra lo más definidor del pensamiento de León Trotsky. Sus diferencias con la fracción dirigente del partido comunista ruso y sus críticas de la Internacional tiene mayor importancia para el porvenir de la revolución. Pero por insignificante que sea este artículo, debe contribuir a reflejar en toda su mezquindad el «argot» canallesco de la honrada servidumbre.

L. FERSEN

Para comprender bien el alcance de las dificultades fundamentales en la U. R. S. S. de hoy, no conviene perder de vista que el desenvolvimiento económico actual, cualquiera que haya sido la profundidad de la expulsión de octubre, no es más que una continuación de los procesos fundamentales de antes de la Revolución y de la guerra.

Si de una parte las esperanzas del liberalismo y de la socialdemocracia están enteramente basadas en sus relaciones con el pasado (capitalismo, revolución de febrero, democracia), sus críticas respecto al régimen económico actual reposan, de otra parte, sobre una completa ignorancia de lo que hay forzosamente de ininterrumpido entre ayer y hoy. Se presentan

las cosas como si las contradicciones entre el campo y la ciudad hubieran salido de la revolución de Octubre, cuando, en realidad, su victoria sólo ha sido posible haciendo coincidir el levantamiento proletario con la revolución agraria.

La crisis del campo soviético es en el fondo la crisis de una economía rural atrasada y de pequeñas propiedades. Las clases poseedoras habían hecho en otro tiempo todo cuanto estaba en sus manos para fomentar, hacer progresar y consolidar la gran explotación agrícola; éste era el caso para las reformas llamadas «liberadoras» de 1861, para la lucha contra la revolución de 1905 por medio de las leyes contrarrevolucionarias de Stolypin, y, en fin, para la política del período de dualidad gubernamental en 1917. Pero todo aquello no sirvió de nada.

El desenvolvimiento artificial del capitalismo ruso bajo la presión del capital financiero internacional acentuaba en el seno de la clase campesina rusa, bruscamente trasplantada a las nuevas condiciones del mercado mundial, su tendencia al engrandecimiento de su área agraria. Es precisamente el capitalismo quien exasperó hasta los últimos límites los «sueños» precapitalistas del campesino respecto a «un nuevo reparto de las tierras». Y si el ensayo, muy realista en cuanto a su objeto de oponer a esta tendencia campesina una política de instauración de economía capitalista de grandes propietarios, ha fracasado, sólo se debe a que los ritmos del desenvolvimiento capitalista en su conjunto no han coincidido con el grado de evolución agraria de la clase campesina. La sumisión de la Rusia zarista al mercado mundial y al capitalismo financiero, con todas las consecuencias comerciales, fiscales y militares, que dimanaban de ella para los campesinos, se hacía con botas de siete leguas; mientras que la formación de un conjunto sólido de grandes explotaciones agrícolas se hacía a paso de tortuga. Sobre este desacuerdo de los ritmos, es como la contrarrevolución burguesa y de grandes terratenientes de 1907-1917 se ha estrangulado.

La nacionalización revolucionaria de las tierras fué así el único medio posible de hacer una clara situación de este extraordinario enlace de las relaciones que se habían acumulado en el dominio de las tierras durante

la época histórica precedente. La nacionalización significaba el paso de casi todas las tierras a manos de los campesinos. Ahora bien; dado los instrumentos y métodos de cultivo que se heredaban, este paso implicaba al mismo tiempo una continuación del parcelamiento de la tierra y, en consecuencia, la marcha hacia una nueva crisis agraria.

No se podía en algunas docenas de años liquidar esta contradicción entre las ciudades y el campo heredados del pasado. Al contrario, cuando el Gobierno obrero, habiéndose desembarazado de sus enemigos, emprendió seriamente la realización del desenvolvimiento industrial del país, esta contradicción no hizo más que acentuarse. Dado el aumento de la natalidad campesina y el deseo de independencia de las nuevas generaciones del campo, el parcelamiento de las explotaciones agrarias tomó un ritmo cada vez más acelerado. El desenvolvimiento de la industria y de la cultura, a costa de pesados sacrificios por parte de los campesinos, siguió un ritmo bastante rápido para despertar en éstos nuevos intereses y nuevas necesidades, pero no lo suficientemente rápido para satisfacerlos en la escala de toda la clase campesina.

Así es como la contradicción entre la ciudad y el campo alcanzó un grado de acuidad absolutamente excepcional, y la base de esta contradicción reposa siempre en el aislamiento desesperante de la clase de los pequeños campesinos atrasados.

¿En qué consiste, pues, la diferencia entre esta situación y la de antes de las revoluciones? Esta diferencia, sin embargo, es enorme.

Primero, la ausencia, para lo sucesivo, de grandes propiedades no da a la clase campesina y a sus veinticinco millones de explotaciones la posibilidad de buscar una salida por medio del engrandecimiento del dominio agrícola por la expropiación de las clases poseedoras. Para mayor beneficio de los destinos del país, esta etapa ha sido franqueada por completo. Pero por el mismo hecho la clase campesina es llevada a buscar otras salidas.

En segundo lugar—y éste no es el menor de los cambios—, a la cabeza del país hay un poder que—cualquiera que sean sus faltas—busca por todos los medios elevar el nivel nacional y moral de los campesinos. Los intereses de la clase obrera, que permanece dueña del país, cualesquiera que hayan sido los cambios acaecidos en la estructura de la sociedad revolucionaria, están dirigidos en el mismo sentido.

Con esta manera de ver, amplia, histórica y, en resumidas cuentas, la única razonable, la afirmación de los

liberales que la colectivización generalizada no es más que el producto de una simple violencia, aparece como absolutamente absurda.

Después del parcelamiento hasta los últimos límites posibles, parcelamiento resultante de los viejos medios campesinos en la utilización del fondo revolucionario, la integración de las partes y su acumulación en grandes explotaciones agrícolas ha llegado a ser para la clase campesina una cuestión de vida o muerte. Antes, en su lucha contra la tiranía de las posesiones agrícolas, el campesino ya se alzaba, ya se evadía en forma de amplia corriente colonizadora hacia comarcas incultas, o ya, todavía, agachaba la cabeza, se hundía en las diferentes sectas religiosas para compensar en el vacío celeste la angustia terrestre.

Marx había notado en otro tiempo que el campesino no tiene sólo prejuicios, que tiene también su juicio. Estas dos características se enlazan de mil maneras en todo el recorrido de su evolución. Más allá de un cierto límite, el realismo vital del campesino se lanza hacia sugerencias monstruosas. Y el prejuicio florece tanto mejor cuanto el juicio es menos capaz

de resolver la situación sin salida de la economía campesina.

Los prejuicios y el juicio campesinos han encontrado un nuevo campo de aplicación en el dominio de la colectivización generalizada, es decir, bajo una forma nueva, en una escala histórica más elevada y en una proporción diferente. Doce años de revolución, comprendiendo el comunismo de guerra, la N. E. P. y las diferentes fases de esta última, han llevado al campesino a considerar que para salir de su situación y de su estado atrasado le hace falta buscar nuevas vías. Solamente que estas nuevas vías aún no han sido experimentadas, y su ventaja no ha sido verificada todavía.

La política del Gobierno de 1923 a 1928 había dirigido la atención de las capas superiores de la clase campesina hacia un desenvolvimiento y un mejoramiento de la economía individual. Las capas inferiores permanecieron desorientadas. La contradicción entre la ciudad y el campo resplandeció esta vez bajo la forma de la cuestión de las reservas de trigo. El Gobierno cambió bruscamente su curso y, cerrando los mercados libres, abrió ampliamente las puertas de la colectivización.

producir estéticamente se precisa antes conocer las relaciones de este arte con la biología, la psicología, la historia..., etc., ¡y después producir! Infinidad de periódicos y de ensayos continuamente muestran a la luz en todo el mundo los subterfugios más peregrinos y los análisis más concienzudos de la estética musical y aun de lo que sin serlo tenga con ella una relación por pequeña que sea. Se lan-

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apertado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

"LEAMOS"

a las personas que la soliciten

zan anatemas contra lo que pueda tener el más ligero viso de espontáneo y se hace labor de alta alquimia intelectual la producción musical. Si ha sido precisa una fuerte reacción para libertar al arte de los prejuicios moralistas que continuamente se le pegaban en el siglo anterior, aún más fuerte va a ser necesaria esta otra en la que se le intente libertar del «intelectualismo seco» y de la «labor de laboratorio» de la que con tanto orgullo han hablado los entusiastas del «arte puro».

Para muchos podía llegar a ser una realidad el que todo quedase bajo el dominio de nuestra consciencia. Teorías y teorías han abierto y ensanchado en nuestro intelecto lo consciente, lo cual hubiera sido bueno de no caer en la ridícula postura de negar lo inconsciente, creyendo haber dejado bajo el poder de nuestro razonamiento, con ayuda de una severa disciplina intelectual, aquello que nunca podía ser alcanzado de este modo.

No niego que sea beneficioso este dominio del razonamiento, pero sí que tan necesario como tener un criterio seleccionador y una opinión sobre las cosas es saber tener siempre la suficiente elasticidad espiritual para no ser esclavo de una teoría y saber escuchar la fresca voz de lo instintivo. Hay cosas que la más equilibrada cabeza ni el más sereno y metódico razonamiento podrían nunca explicar y mucho menos encontrar, y casi siempre son esas cosas las que constituyen lo profundo de todo. La gran ventaja que tiene nuestra inteligencia es la de que nunca logrará llegar a atrapar estas cosas, a veces tan pequeñas, tan insignificantes, pero que son la vida de las ideas y de las sensaciones musicales.

MÚSICA

Teorizantes musicales

por V. SALAS VÍU

Vivimos en pleno dominio de la teoría. En medio del gran barullo que existe en todas las actividades de nuestro tiempo siempre el afán teorizante se vergue dejando ver diáfano su silueta. Esta cualidad de querer explicarlo todo y de querer encontrar a todo una razón es una de las características de lo que llevamos de siglo XX, característica que por lo desarrollada amenaza durar aún mucho tiempo.

Por su misma falta de razón lógica, la Música ha servido desde el primer instante de pasto a los fabricantes de teorías, explicadores de lo inexplicable. Son muy pocas las verdaderas obras musicales que se han producido en razón a los innumerables comentaristas que sobre ellas han ejercitado su destreza. Hubo un principio, no sé si aún tiene fuerza, en que los médicos que, a Dios gracias, han comenzado en estos últimos años a saber pensar y escribir, han querido encontrar en todo razones relacionadas con su especialidad: es esta ebullición la que habiendo empezado con las teorías freudianas acerca de todo—puesto que a aquellas partes en que Freud

no se atrevió a llegar, no han faltado «espontáneos» que se hayan lanzado—, produce, constriñendonos a España, ese tipo de literatura médica tan extendido y que, justo es reconocer, ha producido frutos tan valiosos. Pero lo que en algunos aspectos ha podido ser, como en este de la Medicina, beneficioso, al desarrollarse el afán teorizador ha invadido sitios donde su presencia no puede ser más innecesaria.

No recuerdo dónde he leído, supongo que en varios sitios porque se ha repetido mucho, que la marcha de la civilización no es un paulatino avance, sino que es un sucederse de épocas de expansión y de condensación. Esta marcha elástica del progreso nos perjudica haciéndonos u olvidar demasiado o recordar demasiado las cosas. En el intelecto nada existe más hipotético que el término medio y por eso, en este caso concreto del teorizar, o nos ponemos decididamente a ello o lo olvidamos francamente, ambas cosas igualmente desacertadas. A un período de instintivismo musical sucede este otro presente en que hay quien piensa nada menos que para poder

Galicia, ante la política

por F. FERNANDEZ ARMESTO

Antes de llegar a NUEVA ESPAÑA esta carta dará un rodeo para prenderse en Galicia. Por una vez voy a violentar mi horizonte visual, enclavado en el cerrizo de Europa, hacia una punta de esta misma Europa, demasiado perdida de la verdad universal, que es al propio tiempo la verdad personal. Porque la Verdad sólo es una. La verdad se habrá alcanzado cuando el mundo adquiera un común denominador. A ese común denominador le llamaremos Verdad. El común denominador no hay que crearlo, lo tiene en sí mismo la humanidad sepultado bajo los escombros de la injusticia y el fárrago de la ilustración burguesa. Es necesario violentar la injusticia y la ilustración burguesa, haciéndolas saltar en añicos, y espontáneamente, del pecho de los hombres, surgirá lo humano, la verdad nueva y última. Pero—asepticémosnos inmediatamente contra la retórica—la injusticia y la ilustración no son unos entes abstractos e inaprensibles, en la forma que a nosotros hoy nos interesan, al menos. Contra la injusticia abstracta está todo el mundo con la injusticia concreta, a su servicio, esta gran parte del mundo. La eficacia no consiste ya en denigrar a la injusticia, sino en ir a buscarla y sacarla a la vindicta pública. La prueba más contundente de que la humanidad lleva sepultada en su fondo la justicia pura es el hecho de que la muchedumbre es siempre infalible en sus juicios, y aquello que ha salido a la vindicta pública ha salido a sufrir el contraste de la verdad. De esa última verdad, por la que yo, al menos, trabajo.

La injusticia que ha consumido siempre la vida de Galicia se ha exacerbado estos días. Los que han vivido de la injusticia y la han fomentado quieren ahora nada menos que cambiarle de nombre—siguiendo con setenta y cinco años de retraso el fenómeno de la política europea—y llamarla con verborrea demodé rebeldía, civismo, libertad. ¿Qué es rebeldía, civismo, libertad?

¿Es acabar con la explotación económica de que es víctima el labriego gallego? ¿Es crear una nueva ley agraria que destruya en absoluto la propiedad que esclaviza y arruina el espíritu del labriego gallego? ¿Es crear una ley de seguros del trabajo en la que el trabajador se sienta órgano activo de una sociedad que le defiende? ¿Es manumitir al marinero de su situación primitiva, viviendo aislado y desnudo ante su trabajo, como en épocas anteriores a la constitución del Estado? ¿Es conquistar íntegramente

el producto del trabajo para quien trabaja?

Galicia es un país predominantemente agrario. El 76 por 100 de la población gallega vive del producto de la agricultura—que no es lo mismo que vivir de su trabajo—, el 15 por 100 es población marinera y el resto burocracia e industria. De esa 76 por 100 son rentistas, es decir, poseen propiedades, que no trabajan el 1 por 100; hay después el 15 por 100 de labriegos que poseen propiedades que trabajan, estando en equilibrio aproximadamente su capacidad de trabajo y su volumen de propiedad, y hay un 58 por 100 que posee menos propiedades que capacidad de trabajo, y un 26 por 100 que no posee absolutamente nada. Es decir, de la agricultura gallega vive justamente el 15 por 100, y el 1 por 100 explota al 84 por 100 restante. ¡Y cómo lo explota! Los contratos de arrendamiento de Galicia son hoy exactamente los mismos que los de la época feudal, contratos draconianos. En Galicia no existe frecuentemente el gran terrateniente, pero existe con una reiteración a la que no se escapa ni una sola aldea el *kulak*, cien veces peor que el señor feudal. El *kulak* es el labrador rico que vive en la misma aldea, su riqueza tiene un abolengo de explotación secular. Estos labradores ricos son los amigos, los cómplices y el sostén de los caciques. Cuando un labriego necesita comprar una vaca, cuando se ve obligado a mandar un hijo a América, cuando las contribuciones le estrujan, tiene siempre abierta la bolsa del *kulak* para remediarse, y el *kulak* preparado al notario para hacer hipoteca sobre la mejor finca del labriego apurado. De este modo, en una labor paciente y luenga, el *kulak* ha ido reuniendo en sus manos lo mejor del pueblo, con lo mejor del pueblo el arbitraje sobre la vida de los labriegos, y con el arbitraje sobre la vida la invasión de la voluntad.

Hace poco le refería yo a Roskot, el gran iniciador de la reforma agraria checoslovaca, detalles de los contratos de arrendamiento y ayuda al labriego gallego, y me costaba trabajo hacérselos creer. No comprendía que en Europa pudiera existir, todavía, una explotación con tales circunstancias draconianas, tal reducto de esclavitud.

En todos los países agrarios del mundo la tierra es más barata que en los países industriales, en todos menos en Galicia. Según estadísticas que tengo a la mano, Galicia es el país donde la tierra es, en proporción a su

producción, más cara. En la cuenca del Miño se señala el precio más elevado del mundo en tierra de labor. Teniendo en cuenta que la tierra es en Galicia el instrumento de trabajo, resulta que el trabajador gallego agrario, que trabaja tierra ajena, que constituye, como hemos visto, el 84 por 100 de los agricultores, tiene el instrumento de trabajo más caro del mundo. Mientras Galicia es uno de los países agrarios más pobres. Esta carestía de la tierra está originada por la carestía de los arrendamientos. Un hecho es razón del otro y ambos cooperan a la depauperación y despojo del labriego y a la mayor gloria del *kulak*.

Sin estos gravámenes terribles y sanguinarios del «derecho», las condiciones naturales son ya penosísimas para el labriego gallego. La tierra de Galicia necesita unos cuidados y unos mimos superiores a la de Holanda, por ejemplo, y no produce el 40 por 100 de lo que produce la de Holanda. Tener una vaca en Galicia significa una esclavitud, lo mejor de la huerta ha de ser para ella, para ella los mejores cuidados, para ella el mejor sitio y más abrigado de la casa. ¡Y gracias cuando de los 40 ó 50 duros que produce al año, la mitad no son para el *kulak*, porque le pertenece y la ha dado a medias a cuidar!

El labrador gallego no tiene ninguna clase de seguros, ni de paro, ni de accidentes del trabajo, ni de enfermedad, ni de perjuicios, ninguno, en fin, de los seguros elementales. Todo labriego gallego está abocado a la mendicidad si le ocurre la menor desgracia. Y aun al labrador acomodado que posee la tierra que trabaja puede dejarlo, de la mañana a la noche, un incendio, un fenómeno de la Naturaleza, cualquier accidente, en la calle. Detrás de la economía agraria gallega no hay, además de la explotación del *kulak*, otro resorte que la bendición del cura. La sociología no ha llegado allí más que en esa fórmula ingenua—no hay por qué demostrarla—y el único acto comunal que vela sobre la agricultura gallega es el de la bendición.

Comparable a la vida del labriego de Galicia sólo es la del marinero gallego, tema de escarnio eterno para una literatura indignante que se mira el ombligo haciendo volatines con la explotación de los hombres. ¡Abajo esa literatura liberal que canta a la explotación con tono de plañidera romana, produciéndose cosquillas en el vientre!

No he podido encontrar en el «Instituto de organización científica del trabajo» de la Universidad de Berlín, en el que yo trabajo, estadísticas respecto a los marineros gallegos. No sé por tanto con exactitud de sus contra-

tos y condiciones económicas de trabajo, aunque supongo que sean mejores que las del jornalero ordinario. Su situación social es peor todavía porque su orfandad es la misma y sus riesgos mucho mayores. Tampoco el marinero gallego tiene ninguna clase de seguros, ni él ni sus familias. Por España adelante ha clamado muchas veces, con clamor que debiera clavarle horripilantemente en una sociedad consciente, la tragedia de los marineros gallegos, de cientos de personas lanzadas por una galerna a la miseria. En Galicia es un espectáculo corriente y que no extraña a nadie el de la familia marinera que habiendo perdido el padre o los hermanos y las embarcaciones se lanza por los caminos a la captura de una limosna. ¡Y esto no extraña a nadie! Sobre Galicia sigue presidiendo la vieja superstición del enmeigamiento modernizada. Galicia es un pueblo flojo que siente la mendicidad como un fenómeno natural, y cree en brujas, en *meigallos*, y en la fatalidad. Los cultos, los que suponen que tienen la obligación de creer en algo más nuevo que en las brujas, creen en la libertad. Bajo esta imaginación calenturienta y pobre un pueblo, un verdadero pueblo se derruye carcomido por el corrosivo de la superstición.

La propiedad, como hemos visto, tiene en Galicia una fuerza presionante que aniquila la vida. La propiedad en pueblos como en Galicia es la nueva fórmula de esclavitud. Huyendo de esta esclavitud la mitad exactamente de la población gallega vive emigrada. En la propiedad, en el servicio que de ella se hace, se fundamenta el poder del caciquismo y este poder destruye todas las energías, toda la virilidad del pueblo, dando lugar a ese postramiento que han cantado todos los poetas ramplones desde Rosalía para atrás como feminismo, dulzura y qué sé yo cuántas sandeces más.

Yo no voy a dar aquí ahora soluciones al problema de Galicia, eso es lo que estoy estudiando y espero que algún día las podré ofrecer claras y definitivas. Por lo de pronto declaro nula toda política que expurgada de palabrería no se atenga a estos postulados concretos y elementales, toda política que fundamentalmente no tienda a desarraigar el instrumento de coacción que es hoy la propiedad, que no convierta la tierra en instrumento exclusivo del trabajo inajenable, invendible, irresponsable ante las deudas, inheredable. Toda política que no propugne la creación de un Estado social español que proteja y asegure la vida económica del ciudadano contra todas las eventualidades. Y es necesario recusar con un gesto definitivo a esos farsantes redivivos del cadáver de la dictadura que se atreven a desenvainar su falsa y soez palabre-

ría, plena de taimados tópicos, rica en sentidos abiertos a todas las traiciones, ante el labrador gallego. Esa farsa farisáica frente al auténtico y sangrante problema del hombre de Galicia es un escarnio que no debe

Librería y Editorial Madrid, S. A.

Arenal, 9.

Apartado 908

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen

Pida catálogos y boletín trimestral.

consentirse. Van a hablar contra un caciquismo para sustituirlo por otro, si no tienen ya preparada la traición y están vendidos al mismo Bugallal, como hizo el señor Portela Valladares en las últimas elecciones con el distrito de Tuy, o como don Basilio Alvarez, pintoresco desertor de todos los deberes. Politiquería de deserción, de comercio con la buena intención de unos pocos labriegos, los mejores, que se rompen el pecho y se juegan ese último hilo de su mezquino vivir ilusionados por la verborrea farsante y analfabeta. Politiquería de combinación, a la que todas las ambiciones oscuras le son conocidas y ni una sola de las abnegaciones políticas. ¿Qué puede esperarse de unos agitadores aficionados a la traición, analfabetos, que desconocen todos los problemas de Galicia, y sus semejantes en el resto del mundo?

Esé «Pacto de Barrantes», llamado así enfáticamente con énfasis de la época isabelina, sería indignante si no fuera ridículo. Veinte señores en una mezcla cómica de nombres respetables y tipos de picaresca se reparten como una merienda el porvenir de Galicia. Un pacto a estas alturas en esta época de política universalista y humana ¡como si coleara todavía la augusta

reina Doña Isabel II! No, señores; a Galicia la tiene sin cuidado ustedes y sus pactos; Galicia no ve más que al escritor respetable en algunos de ustedes, pero absolutamente ingenuos y equivocados en política (todavía recuerdo las absurdas declaraciones que un hombre por quien tengo una estimación singular, Otero Pedrayo, le hizo a cierto periodistilla sobre política gallega), al arrivista en la mayoría y en alguno al que está escapado de las mallas de la ley. Galicia decina la liberación que ustedes le ofrecen a cuenta de que les haga diputados. Galicia espera salvarse, pero no por el camino de los diputados, no a fuerza de votos. El labriego gallego sufre, nosotros estudiamos y una revolución nos unirá.

Berlín, octubre.

Noticias Literarias

ALEMANIA

Max Reinhardt acaba de estrenar, montado de modo nuevo en el «Teatro de Berlín», «Sueño de una noche de verano».

—Acaban de publicarse tres novelas de gran enjundia:

Alfred Neumann: «Der Held».

Emat Glaeser: «Frieden».

Joseph Ruth Roth: «Hiob».

—Apareció estos días un libro de G. Grinko sobre el Plan de los cinco años en la «Unión de las Repúblicas Soviéticas».

—Die «Psychoanalyse Bewegung» publica un ensayo del médico español señor Garma en torno a Santa Teresa.

—La «Zeitschrift für Sociologie» publica ahora la traducción del artículo de F. Fernández Armesto publicado en NUEVA ESPAÑA sobre «el sentido social de la nueva arquitectura».

ULLOA-OPTICO

FABRICA Y DESPACHO: CARMEN, 14 - MADRID. - TELEFONO 54.586

Fotografado
Sucesor de E. PAEZ

Casa fundada en 1893

QUINTANA, 33-MADRID

Teléfono, 32254 - Apartado 8.026

Ayuntamiento de Madrid





por JOSÉ DE LA FUENTE

Antes del infierno de la guerra, como preludio, un infierno de catecismo. Divertido. Demonios arratonados y demonias «girl» de cabaret. Un satanás desayunándose con ardiente leche de «dragona», escanciada por dos bailarines esclavos. Forma pareja este infierno con el absurdo cielo de «El chico», de Chaplín.

Nos extraña se haya consentido su proyección. Los niños perderán su miedo al infierno y no les importará ya decir mentiras y faltar a misa. Cuando el clérigo les hable de los eternos martirios, se reirán ante su casposa sotana y no le harán caso. Verdaderamente, el cine es nefasto para las creencias y, por tanto, para los bolsillos de los frailes que no podrán ya asaltar con su: «¡La bolsa o el infierno!»

Un nuevo salón para el culto del cinema: Rialto. Se iba a titular Imperial Palace, pero parece que hasta los títulos están en decadencia.

Admirable salón, gran «hall», muchas comodidades, precios corrientes, decorado con extraordinario gusto, en una palabra: el mejor cinema de Madrid.

Material a proyectar: Paramount. Es la Empresa del local, junto con la Cinematográfica Montañesa. La Casa Paramount ha querido libertarse del pacto de empresarios y, a su vez, se ha hecho empresario. Y ha acertado al tomar ese salón. Los del pacto, o lo habrán roto, o rechinarán los dientes.

El Rialto, con un material de exhibición cualquiera, se «carga» a sus competidores. Tiene todas las condiciones para ganar. Los precios son los mismos que en los otros. El material no es que sea mejor, sino que es el de los otros el que es peor.

Un programa este del Rialto de espectáculo completo. Cuatro films de

corto metraje. Y «Galas de la Paramount».

Los films cortos son perfectos y cada uno de por sí merece dedicarle muchas líneas. El primero es un cuadro animado. El pintor acaba su obra, y reclinándose en una butaca, sueña. Las figuras de su obra se animan en una deliciosa escena, donde se plasma admirablemente el ambiente de la época, ambiente de «minuetto». Sigue un noticiario: noticias y vistas de todo el mundo, incluso de Madrid. Molesta la alusión; toros absurdos y niños aprendices de diestros. Por lo demás, un entretenido desfile de escenas de tenis, moto, y hasta el presidente Hoover. Una película de dibujos: «La barca de Noé». Una nueva ironía sobre la Biblia. Noé hace danzas del vientre y la barca parece un acordeón. Formidable banda militar, con todos los animales del Arca. Otra ironía. Nos convencemos, cada vez más, que estas películas de dibujos son anárquicas. Después «Obertura de Guillermo Tell», por la orquesta Paramount de París y presentada con una combinación de luces de colores, bastante molesta. Después...

«Galas de la Paramount». No es más que una revista, una gran revista, filmada y proyectada, con algunas escenas en colores. Innumerables cuadros. Gran variación de escenarios, de actores, de música. Desde el gabinete íntimo a una escena entre las nubes; desde un canal veneciano a un castillo de la vieja Inglaterra. La música no cansa, sino que se hace agradable en el cambio, gracias a la contraposición: de la gran orquesta americana, con sus excéntricos, a la romanza del gondolero. Así es todo el film: variación, amenidad. No tiene nada de las otras películas, sino que entra en la categoría de un nuevo espectáculo. Perfecta sonora y fotográficamente. El baile de Rosita Moreno, cadencioso, suave, pero admirablemente dinámico, va acompañado de variaciones

en la posición de la cámara, que lo hacen atrayente en extremo. Las caracterizaciones de Vilches, perfectas (el oro yanqui todo lo pone a su servicio). Y preciosísimas las escenas de Chevalier. Numerosas «girls» y simpáticas presentaciones. Es un crítico de «music-hall» el que debe hablar de esta película.

Esto ha sido lo que nos ha presentado Rialto. Un gran espectáculo (queremos afirmar esta palabra hasta que se descubra otra que indique con justeza esa cosa híbrida de cine y revista que son las tales producciones) en un lujoso salón lleno de comodidades, pero con algún detalle (las luces de colores, el surtidor del patio de butacas, el ridículo cielo con estremitas) del más pésimo mal gusto.

CINE MADRID

LUNES, A LAS 6,30 y 10,30

«LA VENUS ENIGMATICA»

(Paul Vicenti y Lia Tora)

«ESCLAVITUD»

(Henry Edwards y Milas Maudes)

BUTACA: 0,75 PESETAS

PENSAMIENTOS DE HOY

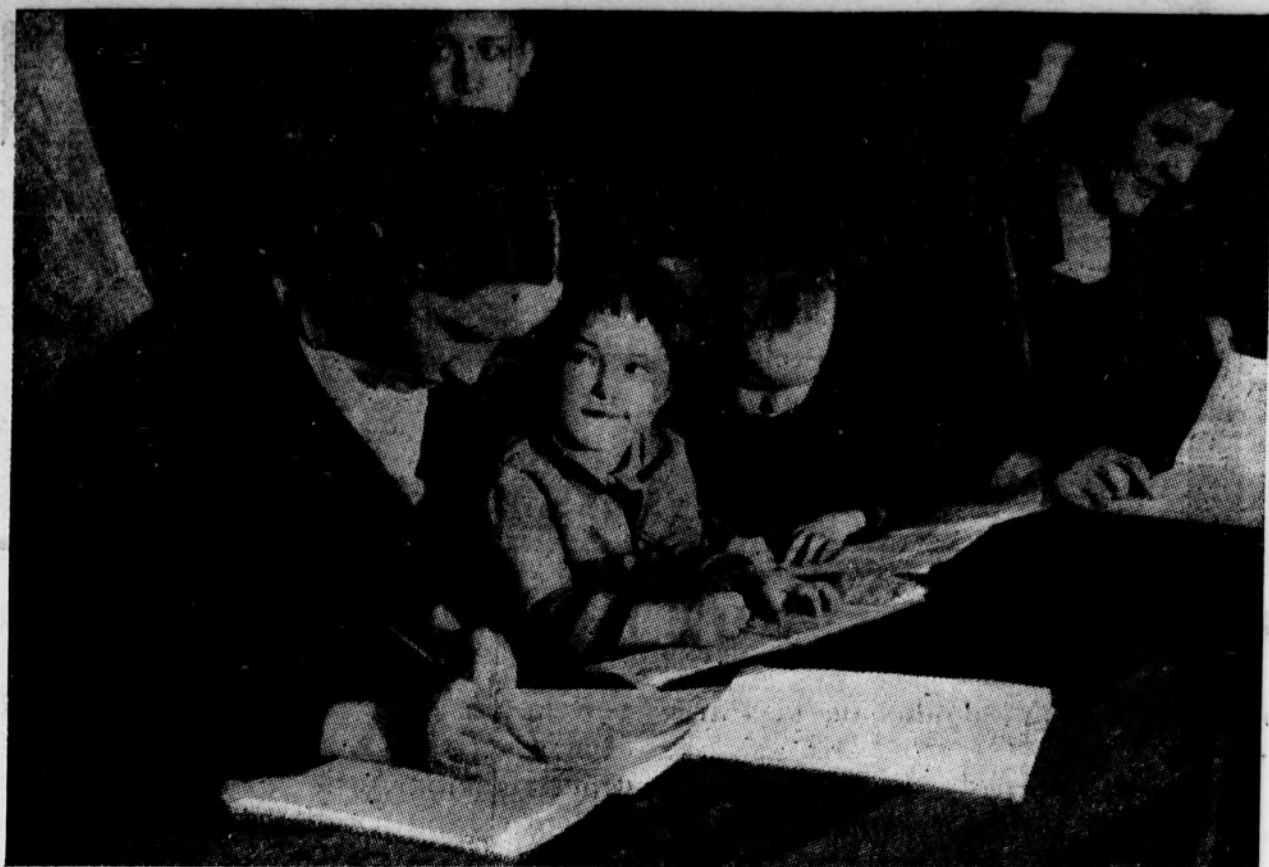
El cura es el férreo y negro cerrojo que tiene encarcelada a España en la miseria y en la abyección.

Las iglesias son las estufas de los mendigos.

Ved cómo florecen en sus pórticos.

El proletario es el factor imprescindible del Gran Problema de un pueblo.

¡Si no queréis fracasar, no olvidad el proletario, políticos!



En la escuela soviética.

ESTUDIANTES

El compañerismo claustral

Las organizaciones estudiantiles que se agrupan en las F. U. E. inician una campaña que puede abarcarse bajo el rótulo «revisión del profesorado». El solo título indica la actitud analítica en que los alumnos van a colocarse respecto a los profesores.

Es necesario que ese mirarse frente a frente, no lo sea de hito en hito. Y a esto parecen propender algunos profesores, celosos de lo que creen su inmarcesible imperio docente. A lo menos así lo han mostrado en el primer caso en que la voz estudiantil ha señalado a un profesor, y no precisamente en lo que concierne a su valer magistral, sino a su actuación como autoridad académica.

Nos referimos al caso del doctor Recaséns, a quien la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina acaba de pedir la dimisión del decanato.

No interesa ahora acendrar la justicia de tal demanda. Lo que interesa destacar es la actitud asumida por los claustrales en el primer caso en que los estudiantes muestran desafecto a los modos de un catedrático. El ademán con que acudieron a ponerse a su lado aflora del más ciego concepto del «compañerismo». De ese compañerismo por obra del cual las Juntas de Facultad, ni los claustros universitarios, ni las autoridades, han sido

capaces de remediar ninguna de las faltas notorias en que han incurrido no pocos profesores.

Lo rápido de la adhesión a la persona del decano de Medicina, apenas promovido su cese por los estudiantes, preséntala como réplica gremial; esto es, réplica de quienes ven la Universidad escindida en profesores y alumnos. Muy otra hubiera sido la actitud de esos claustrales si en vez de haber pensado en la solidaridad profesional, hubieran pensado en la necesaria solidaridad universitaria. Tal vez su discrepancia con la petición de los alumnos hubiese sido la misma; pero habrían pensado que su obligada función era reducir la discrepancia, y no agruparse en torno a la autoridad recusada con aire que, quierase o no, ha de parecer bélico a los estudiantes.

Atropellos «en el camino de la legalidad»

Nicasio Alvarez Sotomayor, miembro directivo de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina y presidente del Ateneo de Divulgación Social, fué detenido el martes último, a las tres de la tarde, por la Policía, y llevado, sin advertencia previa alguna, a la cárcel de Toledo.

Contra él no hay acusación alguna. Ninguna autoridad judicial ha dispuesto su encarcelamiento ni su destierro. La Policía nada le ha pregun-

tado; se limitó a registrar su domicilio, a desterrarle y a encarcelarle.

El general Berenguer, al tomar la prolongada curva de la normalidad, se apresuró a poner en libertad a varios encarcelados por análogo sistema.

¿Cómo se producen estos atropellos en el venturoso camino, señor conde de Xauen?

Comentarios

¿«Cuatro de Infantería»? Son pocos. Creemos contar con muchos más para cuando sea preciso.

El general Berenguer ha estado en cama, con catarro. Parece imposible; pero es verdad.

Uzcudun ha vencido a Griselle, por abandono de éste, al quinto asalto. Nosotros esperamos vencer al primer asalto aunque no sea por abandono de los adversarios.

Buscamos la admiración de nuestros lectores y no retrocedemos, para conseguirlo, ante ningún sacrificio. La semana pasada leímos un número de «El Debate»; en ésta hemos llegado hasta leer «El Noticiero del Lunes» y ¡«La Nación»!

En ese «gran rotativo» que, por inercia, apenas si sale los lunes, el incomparable Capella nos habla de los «muñecos de carne». No se fíe usted de los muñecos. Nosotros hemos creído durante algún tiempo que cierta persona era, simplemente, un muñeco y luego ha resultado un individuo peligroso.

El señor Capella ama a los comediantes. Ahora comprendemos por qué es monárquico.

El diario del upetismo recusa al ministro de Gracia y Justicia, pide sustitución de consejeros y rechaza con indignación el rumor de un Gobierno presidido por Alba. Pero, señor Delgado Barreto, ¿de quién va a echar mano, ya, la monarquía? Porque no le faltaba más que un Gabinete presidido por usted.

En el mitin de «orientación social» que la U. M. N. dió el pasado domingo en el Cinema Europa, el señor Pabón hizo la apología de Juana de Arco; el señor Madariaga, habló de la familia arcaica; el señor Illana, de la esclavitud, y el señor Pemán, de la monarquía. Como ven ustedes, fué un mitin de orientación arqueológica.

«La monarquía—dijo Pemán—es por sí la más perfecta forma de Gobierno.» ¡Cielos! ¿Cómo serán, pues, las otras?

«Respetemos el voto de nuestro portero, que puede votar por la República.» Distinguido orador: ¿nos da usted también permiso a nosotros? Nos parece injusto que sólo respeten a su portero.

«Pero respetemos igualmente el voto de nuestros antepasados que votan unánimemente por la monarquía.» Se nota la costumbre de hacer votar a los muertos.

Dice «La Nación»: «El ensayo de amplias libertades, hecho con generosa intención por el Gobierno...» ¡Y nosotros sin enterarnos!

Proponemos al editor señor Morata la publicación de un nuevo libro: «Al servicio de los que mandan», por Delgado Barreto.

El señor Pemán ha descubierto dos cosas: 1.ª Que los hombres son incapaces de creer o no, a su antojo. Y 2.ª Que España tiene que ser monárquica, porque no depende de su voluntad dejar de serlo. Por lo visto, hay leyes cósmicas que lo impiden.

El ex órgano de la ex U. P. ha roto las hostilidades contra el comunismo. La noticia ha producido gran ansiedad en los centros diplomáticos; se anuncia la dimisión de Stalin y acaso se convoque una asamblea extraordinaria de la Sociedad de Naciones.

El aviador don Ignacio Jiménez, desprecia a los españoles que no son «de orden». Estamos verdaderamente anonadados.

El general Berenguer va a gastar en España todas las energías que ahorró en Marruecos.

Por «aquello» se le juzgó, se le condenó y se le amnistió. Y hasta se le

ha hecho jefe de Gobierno. España sigue siendo un país pintoresco.

Que viajen, que viajen. A lo mejor descarrila el tren o se hunde el barco. No hay que perder la esperanza.

Gacetilla. En el teatro Español se representa con extraordinario éxito de taquilla la divertida tragicomedia «Las veleidades de Rodríguez». Consta de cuatro actos y un epílogo: primer acto, en 1917; segundo, en 1921; tercero, en 1923; cuarto y epílogo, en 1930. Se recomienda a las personas tímidas que abandonen el teatro antes del final.

La inviolabilidad de los reyes está en la Constitución; pero la Constitución, ¿dónde está?

Hay que podar el viejo tronco para que no se muera. Afilemos el hacha.

Pregunta intrascendente: ¿Para cuándo dejamos la revolución?

LUIS HERNANDEZ ALFONSO



ARTURO CASANUEVA.—*Vía Crucis Rojo*.—Madrid.—C. I. A. P.—3 ptas.

Un libro nuevo. Auténticamente nuevo. Joven. Moderno. Del siglo. Del año 1930. Un libro estremecido de las inquietudes que trae la nueva promoción ciudadana. La nueva promoción literaria. Porque la ciudadanía y la literatura se han vinculado. Se han hermanado. Se han hecho una. La literatura, sin un sentido social, sin un sentido profundamente humano, está fracasada.

Pero este libro tiene la vigorosa inquietud de una proclama política. De una arenga revolucionaria. De un cartel de combate.

Y se llama «Vía Crucis Rojo». Su autor es un joven de la Montaña. Un joven de España. Un verdadero joven a quien la pasión por teorías políticas avanzadas no le cercena, ni hipoteca la pasión mística.

Este libro es el libro de un republicano y de un católico. Pero no de un católico arcaico, de un católico para el que la promiscuación no es pecado mortal. Es el libro de un verdadero cristiano,

que ve el vía crucis político, a través del Vía Crucis del Salvador.

Y este libro, con prólogo de Gregorio Marañón, está, desde hoy, en los escaparates de las librerías, con una fisonomía exterior, con un rostro en rojo y negro, en el rojo de la sangre pura, y en el negro de la noche del Gólgota.

Su aparición ha de ser motivo de comentarios muy apasionados.

OTTO GAUP.—*Spencer*.

En la colección «Los filósofos», de la «Revista de Occidente», acaba de aparecer este volumen, dedicado a la gran figura, una de las más importantes del pensamiento moderno.

Síntesis de la filosofía de Spencer y acopio de las manifestaciones permanentes de un criterio cuya luz se vierte con idéntico esplendor sobre las más variadas facetas del conocimiento, la obra de Gaup pone al lector español en contacto con una inteligencia decisiva en la historia de la cultura. Spencer no caduca, no muere. Siempre nos es preciso volver a él la vista y recurrir en frecuente retorno a sus observaciones y descubrimientos geniales.

Este libro y la materia de que trata requerirían un largo artículo, que alguna vez escribiremos, así como otros comentarios a las diversas publicaciones de esa admirable, ejemplarísima «Revista de Occidente», empresa de cultura cuyo valor y trascendencia en nuestra vida intelectual podemos condensar en el nombre del glorioso español que la dirige: José Ortega y Gasset. Al lado de la obra literaria personal de Ortega (sobre todas descollante) marcha la obra cultural que él impulsa, y que ya ofrece a estas fechas un repertorio de lo más fino y vario que ha producido el espíritu moderno de Europa y América. Ciento treinta y tantos volúmenes de literatura, ciencia y arte.

Este nuevo volumen de Otto Gaup, «Spencer», merece, como los anteriores, que llamemos sobre él la atención del mejor lector, que, en la serie «Los filósofos», pasa por «Spencer» rumbo a «Los Estoicos» de Paul Barth—aparecerá próximamente—desde las sugestivas páginas que Hoffding nos dió, en su «Kierkegaard».

M. S.

Libros políticos de actualidad

Al Servicio de la Justicia

La Orgía Aurea de la Dictadura
por Q. Saldaña

Al Servicio de la Historia

Bosquejo Histórico de la Dictadura
por Gabriel Maura Gamazo

Al Servicio de la República

por Alejandro Lerroux

Al Servicio del Derecho Penal

Diatriba del Código gubernativo
por Luis Jiménez de Asúa

Dos ensayos de Revolución

¿España en marcha?
por Emilio Palomo

La ruta de Marcelino Domingo

por Alicia Garcitoral

Al Servicio de la Conciencia Ciudadana

por A. Aguilera Arjona

Francia, el Dictador y el Moro

por L. de Armiñán

Libertad y Autoridad

por Marcelino Domingo

Al Servicio de España

por J. Sánchez Guerra

Al Servicio del Socialismo

por Julián Besteiro

Al Servicio de la Raza

por Gregorio Marañón

Al Servicio de la Patria

por Víctor Pradera

Al Servicio de la Plebe

por Julio Senador

Al Servicio de la Doctrina Constitucional

por M. de Burgos y Mazo